

# Los intelectuales en la Revolución mexicana

ALAN KNIGHT

Se le pueden dar muchas respuestas generales, casi todas equivocadas, a la pregunta de por qué se rebela la gente. Cuando la pregunta se refiere al caso de México en los inicios del siglo xx, las respuestas, por lo regular, quedan envueltas en narraciones de la revolución, más que en afirmaciones analíticas. En esta breve disquisición acerca del papel de los intelectuales en la Revolución mexicana (entre 1910 y 1920) comenzaré por trazar el marco conceptual, para primero analizar la cuestión de lo que motiva la actividad revolucionaria y después discurrir sobre la naturaleza de los intelectuales y de la "intelectualidad".

## I

Pienso que los motivos y el carácter de las rebeliones pueden, y deben, analizarse por separado en cuatro partes, de acuerdo con las alianzas fundamentales de los grupos y de los individuos, y con la forma como se rebelan: clase,<sup>1</sup> clientelismo, región e ideología, siendo esta última la que se tratará en forma preponderante en este ensayo. Como suele suceder con algunas tipologías, ésta no delimita las categorías mutuamente excluyentes. Por el contrario, el impulso y la resistencia de las sublevaciones se derivan de combinaciones específicas de estas alianzas, y casi nunca de una sola causa. El zapatismo, por ejemplo, fue básicamente un movimiento clasista (aunque para sus contemporáneos haya sido una lucha de castas, o una "guerra del huarache contra el zapato").<sup>2</sup> El levantamiento del Che Gómez y de los juchitecos en 1911-1912 fue básicamente un movimiento regional, que podría clasificarse como serrano, una categoría general que describiré más adelante.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> En este ensayo la palabra "clase" se emplea en el sentido weberiano, o sea de tener la experiencia común de "oportunidades vivenciales" [...] representadas exclusivamente por intereses económicos; véase a H. G. Gerth y C. Wright Mills (comps.), *From Max Weber: Essays in Sociology*, Londres, 1974, pp. 180-83.

<sup>2</sup> John Womack, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, Nueva York, 1970, p. 34.

<sup>3</sup> Alan Knight. "Peasant and Caudillo in Revolutionary Mexico", en D. A. Brading (comp.), *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*, Cambridge, 1980, pp. 27-36.

Hubo otras alianzas —como las que determinaron la división de fuerzas en el país entre Villa y Carranza durante 1914-1915— que más que nada fueron clientelistas (aunque a veces se entrelazaban el clientelismo y el regionalismo): o sea, que en algunos casos, los cabecillas locales y su gente se adherían al caudillo nacional para cubrir el expediente inmediato, o para corresponder a algún favor político, o para congraciarse políticamente. En estos casos no valían ni la clase ni las ideologías, por lo que son erróneos los análisis del cisma nacional de 1914-1915 hechos con base en clases sociales (campesino o proletario contra burguesía/pequeña burguesía) o con base en ideologías (radicales contra moderados/conservadores).

Finalmente está la cuestión ideológica. En muchas instancias quizá sea éste el factor menor importante del cuarteto, ya que gran parte, posiblemente la mayor parte, de la revolución se puede interpretar satisfactoriamente en términos de las tres categorías ya mencionadas, y el historiador que combine marxismo y hamierismo no se puede equivocar demasiado. A la inversa, exagerar la importancia del factor ideológico —ideas, exhortos y manifiestos, discursos, legislación y constituciones— es, en mi opinión, uno de los principales pecados de la historiografía de la revolución. Casi por lo regular, los manifiestos se quedan en el aire y las constituciones no siempre se respetan. Sin embargo, la ideología tuvo su papel, y un papel importante, en la revolución: en particular, fue el preludio vigoroso del movimiento y estuvo presente en una larga serie de temas sutilmente modulados al final. Pero durante el período central de la revolución (entre 1911 y 1915) enmudeció. Y el papel del intelectual clásico, creador y proveedor de ideologías, siguió un camino yuxtalineal.

Antes de entrar en esa cronología (que forma la mayor parte de este ensayo), haré un breve paréntesis teórico: no para que el material empírico quepa en el lecho de Procrusto con postulados o definiciones *a priori*, sino más bien para poderlo organizar en forma racional y útil y no en forma arbitraria. Porque, sin este proemio, el término "intelectual" puede rebotar de un lado a otro y significar algo diferente para cada quien, y una discusión acerca del papel de los intelectuales en la revolución podría degenerar en un listado de biografías breves, muchas de ellas de personas cuya participación no sirve de inspiración, o no cautiva la imaginación, o no ilustra la verdadera trayectoria de la revolución.

El término "intelectual" no presenta ningún problema para ciertas personas: es un término común y corriente.<sup>4</sup> Pero los términos comunes y corrientes a veces presentan más problemas que los que resuelven. Se podrá estar de acuerdo con Krauze en que los "caudillos culturales"<sup>5</sup> me-

<sup>4</sup> Véase por ejemplo, a James Joll, *Three Intellectuals in Politics*, Nueva York, 1965. Joll no intenta definir al intelectual; más bien su idea del intelectual (véase la p. xii) se asemeja a la de Mannheim.

<sup>5</sup> Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, 1976.

recen que así se les llame, pero existen muchos más postulantes dudosos. Algo "bueno y grande" tenía que salir de la revolución, según el escritor español Ramiro de Maetzu, "desde el momento en que la preside —y esto es todo lo que sé del señor Carranza— un hombre que, en medio de las campañas militares, lee a los clásicos griegos".<sup>6</sup> En efecto, Carranza solía leer *Las Vidas de Plutarco*, como lo hacía también el joven comandante de la caballería de Villa, José Isabel Robles.<sup>7</sup> Había otros revolucionarios afectos al modernismo: Salvador Alvarado, sonoreense sagaz y práctico a quien seducían la ética de Samuel Smiles y la economía de Henry George.<sup>8</sup>

Y sin embargo, a Carranza y, por ende, a otros caudillos de la época, les niega la clasificación de "intelectuales" nada menos que por la autoridad de Daniel Cosío Villegas quien, aplicando sus definiciones de diccionario al cuerpo de la historia de México, concluye que o se era activista intelectual o se era revolucionario: noción que, por lo visto, se deriva principalmente de la idea de Karl Mannheim del intelectual como un ente relativamente desarraigado, despegado y crítico de los flujos de la vida social y política.<sup>9</sup> Pero, en el supuesto de que, de acuerdo con algún criterio preestablecido, se pudiera dividir a toda la población revolucionaria en borregos intelectuales y cabras no intelectuales, ¿qué objeto tendría hacer tal selección? ¿En qué forma ayudaría a cumplir el propósito principal, que consiste en entender la revolución?

Es mejor, y además es más práctico, quitarle el atributo de "intelectualidad" a ese grupo especial de personas, y considerarlo más bien como un atributo aplicable en cierta medida a todo el mundo, con lo cual la actividad intelectual de cualquier persona, en grado diverso, sería un fenómeno común e importante en todas las sociedades. En esa forma, y pasando por alto las jerarquías sociales, se haría con los intelectuales lo que ya se ha hecho con los campesinos: eliminar las clasificaciones absolutas de ser/o no ser intelectual, tomando en cuenta en cambio los niveles o grados de intelectualidad de diferentes individuos o grupos (que es lo que hace Henry Landsberger con los grados de "campesinidad").<sup>10</sup> Y haciéndolo, seguiríamos un poco la pauta de Gramsci (y dejaríamos atrás a Mannheim):

<sup>6</sup> Véase Pani a Carranza, febrero 12 de 1919, en Alberto Pani, *Cuestiones diversas*, México, 1922, pp. 15-16.

<sup>7</sup> Martín Luis Guzmán, *The Eagle and the Serpent*, Nueva York, 1930, pp. 277-78.

<sup>8</sup> Salvador Alvarado, *La reconstrucción de México: un mensaje a los pueblos de América*, México, 1919, t. 1, pp. 22-23, 117-18, 181 ss.

<sup>9</sup> Daniel Cosío Villegas, "Politics and the Mexican Intellectual", en H. Malcolm MacDonald (comp.), *The Intellectual in Politics*, Austin, 1966, pp. 24-34.

<sup>10</sup> Henry A. Landsberger, "Peasant Unrest: Thomas and Variations", en Henry A. Landsberger (comp.), *Rural Protest: Peasant Movements and Social Change*, Londres, 1974, pp. 6-18.

Si bien se puede hablar de los intelectuales, no es posible hablar de los no-intelectuales, puesto que los no-intelectuales no existen [...] no hay ninguna actividad humana de la que se pueda excluir todo factor intelectual, no se puede separar al *homo faber* del *homo sapiens*. Toda persona [...] desarrolla alguna actividad intelectual, es "filósofo", artista, persona de buen gusto, comparte un concepto del mundo, sigue una línea consciente de conducta moral, por lo tanto contribuye a conservar y a modificar el concepto del mundo, es decir, contribuye al fomento de nuevas formas de pensar.<sup>11</sup>

Gramsci sugiere, además, que la naturaleza de la intelectualidad no reside única o primordialmente en una función/ocupación especializada (por ejemplo, maestro universitario o literato bohemio), sino en la forma de actividad compartida, hasta cierto punto, por todos: la explicación del mundo, cambios en la forma de ver las cosas, la creación y diseminación de las nuevas ideas. Y en el contexto de este ensayo, es el mundo socio-político (la sociedad política contra la sociedad civil, según Gramsci) el que tiene mayor relevancia, y es allí adonde se les seguirá la pista a los intelectuales y a las ideologías. En ese mundo se despliega la actividad intelectual para conservar, modificar, o destruir los pilares ideológicos de la sociedad política: pilares que perciben casi todos los observadores, aunque desde diferentes perspectivas, y que se utilizan, empero con diferentes nombres, para apuntalar el "consenso", la "legitimidad", "la hegemonía ideológica", y quizá hasta la "enajenación".<sup>12</sup>

Desde el momento en que los regímenes no se atienen únicamente a la fuerza para sobrevivir (cosa que ya aceptan todos menos los más reacios marxistas y hobbsianos), esos soportes ideológicos son fundamentales, ya que son el complemento necesario de los pilares que sustentan a las clases, al clientelismo y al regionalismo; a la inversa, en los períodos de revolución social como el que aquí se estudia, el Sansón revolucionario derriba los viejos pilares —aquellos del "teatro espacioso" de los filistinos de Gath—, las ideologías rivales compiten por las lealtades/alanzas, y al final, los nuevos edificios ideológicos se levantan sobre los escombros de los viejos.<sup>13</sup>

Se trata, por supuesto, de un proceso excesivamente complejo. En un día se puede realizar una conquista militar, pero a veces pasan muchas generaciones antes de que prenda una ideología. Además, en este proceso las apariencias engañan. Los intelectuales —los "grandes", los que desco-

<sup>11</sup> Antonio Gramsci, *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, Turín, 1949, pp. 6-7.

<sup>12</sup> Véase a Christine Buci-Glucksmán, *Gramsci and the State*, Londres, 1980, pp. 57-58, para comprobar que a pesar de su origen ideológico diverso, estos conceptos están vinculados entre sí.

<sup>13</sup> Hay quienes verían precisamente en ese "rápido y total cambio interno de los valores y de los mitos principales de la sociedad" la característica esencial de la "revolución"; véase a Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven, 1971, p. 264 en adelante.

llan, los que se mejor se expresan—<sup>14</sup> harán mucho ruido, como los grillos en la famosa ilustración de Burke, pero atrás de ellos están los callados y estópidos ruminantes —en este caso, los que se encargan de echar abajo un régimen y levantar otro, trabajando al “son importuno” de los intelectuales, sin realmente depender de su ayuda práctica.<sup>15</sup> También se puede dar el caso (y aquí sostengo que así fue en el México revolucionario) de que los intelectuales menos destacados o “típicos” desempeñen un papel importante aunque poco reconocido en el proceso político.

Para sostener esta hipótesis, se tiene que hacer un último señalamiento teórico. Los intelectuales que aquí se incluye no son, como ya se dijo, una casta autónoma, desarraigada. Por el contrario, hay que situarlos, como los quiso situar Gramsci, “dentro del conjunto general de las relaciones sociales”.<sup>16</sup> En algunas clases específicas, como dice Gramsci, se han dado intelectuales “orgánicos”, que se ocupan de explicar, de racionalizar, de exhortar (y, diría Gramsci, de organizar), o en otras palabras, de crear el “aparato hegemónico” adecuado para los intereses de esa clase.<sup>17</sup> Lejos de flotar en el vacío, estos intelectuales son parte integral de su engranaje social. Esta teoría del intelectual orgánico puede servir para entender a la Revolución mexicana y para comprender la función de los intelectuales y de la intelectualidad en ella.

Pero, repito, la teoría no debe convertirse en un lecho de Procrusto. Al contrario, esta teoría sólo puede ser operativa en el contexto de México si se modifican o se descartan por lo menos dos de sus proposiciones: primero, la idea de Gramsci de que de la clase campesina pueden salir intelectuales para otras clases, pero que no hay intelectuales orgánicos entre los propios campesinos, y segundo, el “concepto prolijo del intelectual” de Gramsci, que abarca a todos los miembros del grupo de vanguardia, y por lo tanto a todos los activistas y organizadores políticos.<sup>18</sup> Yo más bien sostengo que es necesario suponer la existencia de intelectuales orgánicos en el sector campesino y que es preferible aplicar el adjetivo de “intelectual” únicamente a los que se dedican a las ideas, y no a los que organizan, administran, y gobiernan (o a las actividades de organización, administración, y gobierno). El cacique, por ejemplo, aunque indudablemente es un organizador político y por lo tanto, para quien lee a Gramsci, un “intelectual”, será considerado en este ensayo como miembro de la dirigencia clientelista —y por ende, según la tipología establecida con anterioridad— como parte de la hegemonía no ideológica, no intelectual. Sin

<sup>14</sup> Buci-Glucksmán, *Gramsci and the State*, cit., pp. 26, 404.

<sup>15</sup> Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France*, Londres, 1981, p. 181.

<sup>16</sup> Anne Showstack Sassoon, *Gramsci's Politics*, Londres, 1980, p. 135.

<sup>17</sup> Gramsci, *Gli intellettuali*, cit., p. 35.

<sup>18</sup> Buci-Glucksmán, *Gramsci and the State*, cit., p. 35.

embargo, esto no excluye la posibilidad de que la legitimización ideológica e intelectual sirva para sostener el caciquismo.<sup>19</sup>

## II

Es común que los intelectuales participen mucho más activamente en la política de los países en desarrollo que en la de los países industrializados.<sup>20</sup> También es de conocimiento general que los intelectuales descollan en los movimientos revolucionarios.<sup>21</sup> Por ambos motivos era de esperarse que los intelectuales destacaran en la Revolución mexicana, y así lo demuestran los hechos, aunque James Cockcroft destaca (en mi opinión, atinadamente) la importancia de los intelectuales en los albores de la revolución, parece inferir de ésta una importancia concordante en la génesis de la revuelta popular; Cockcroft sostiene que Díaz Soto y Gama, Arriaga, Sarabia, Rivera, Ricardo Flores Magón “y otros intelectuales por el estilo” fueron “personajes de fundamental importancia en la Revolución mexicana”, especialmente en su carácter de ideólogos cuyos principios triunfaron —por lo menos en papel— en 1917.<sup>22</sup> Los historiadores de la narrativa también le dedican mucho espacio a este grupo, aunque sospecho que esto se debe a que su presencia, aun después del tiempo transcurrido, sigue siendo fuerte y accesible.<sup>23</sup>

En cambio, para Frank Tannenbaum, la Revolución fue muda, anónima, rural y popular: “fue esencialmente obra del pueblo [...] No había grandes intelectos preparando el programa, formulando la doctrina, esbozando los objetivos [de la Revolución]”; los intelectuales, profundamente desligados del pueblo, tuvieron un papel de “menor importancia”, como “todavía lo tienen en la actualidad”.<sup>24</sup> Cosío Villegas decía lo mismo: “la contribución del intelectual mexicano a la Revolución es increíblemente parca en calidad y en eficiencia” y aun eran pocos los “intelectuales que se aliaban a los dirigentes militares y [...] su influencia era

<sup>19</sup> Véanse los comentarios interesantes de Gilbert M. Joseph, “Caciquismo and the Revolution: Carrillo Puerto in Yucatan”, en Brading (comp.), *Cuadillo and Peasant...*, cit., pp. 199-200.

<sup>20</sup> Edward Shils, “The Intellectuals in the Political Development of the New States”, en *World Politics*, XIII:3, abril de 1960, pp. 329-68.

<sup>21</sup> John Rutherford, *Mexican Society During the Revolution: A Literary Approach*, Oxford, 1971, pp. 79-80.

<sup>22</sup> James D. Cockcroft, *Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-13*, Austin, pp. 232-35.

<sup>23</sup> Por ejemplo, véase a Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution, 1914-15*, Nueva York, 1960, pp. 109-11, y obsérvese la preponderancia de intelectuales urbanos de la clase media en “Profile of Rebels” de Ruiz: Ramón Eduardo Ruiz, *The Great Rebellion in Mexico, 1905-1924*, Nueva York, 1980, pp. 213-38.

<sup>24</sup> Frank Tannenbaum, *Peace by Revolution: Mexico after 1910*, Nueva York, 1966, pp. 115-17.

excesivamente limitada".<sup>25</sup> Arnaldo Córdova, extrañamente modesto para un historiador de ideas, también desestima el papel de la ideología y de los intelectuales en la revolución: para él, los intelectuales despliegan sus armas ideológicas sólo para "justificar el pragmatismo de los líderes [de la revolución], sin que éste venga a motivar o a definir cualquiera de los valores en los que basan sus acciones".<sup>26</sup>

No convencen del todo estas definiciones del intelectual como instigador, o del intelectual como espectador. En ambos casos se trata de generalizaciones audaces hechas a través del tiempo; responderé a las dos alegando que el papel de los intelectuales en la revolución se tiene que ver en términos dinámicos, diacrónicos: que no es lo mismo ese papel en 1911 que en 1909, en 1917 que en 1911, ni en 1929 que en 1917. También sostendré que parte del problema es definicional/semántico: tanto Tannenbaum como Cosío Villegas —cuya captación de la realidad histórica de la revolución es segura y precisa— arriban a su posición antintelectual por un camino definicional estrecho del término "intelectual" (en el caso de Tannenbaum la definición es implícita). En otras palabras, estos pioneros de la historiografía revolucionaria sabían —mejor que sus sucesores revisionistas— de qué se trataba la revolución, pero la describieron en términos que parcialmente le dieron forma a sus conclusiones y que podrían haber mejorado con ciertos calificativos. El empleo de términos diferentes y de "conceptos organizativos" lleva a diferentes conclusiones, aun cuando se discrepe poco con las conclusiones de estas eminentes autoridades en cuanto a la realidad confusa de los sucesos históricos. Por lo tanto, en contradicción a los puntos de vista arriba expresados, sostendré que aunque el papel de los intelectuales clásicos fue importante antes (entre 1900 y 1910) y después (*pace* Tannenbaum) de la revolución (de 1920 en adelante), su participación efectiva en el decenio de la lucha armada fue débil y limitada, tal como lo sugieren Tannenbaum y Cosío Villegas. Pero también sostendré que, con fundamento en la definición de "intelectual" que ya se dio en contraposición con la definición clásica o común y corriente, existió un estrato alternativo de intelectuales cuya contribución a la historia de ese decenio fue importante. Los intelectuales y las ideologías sí tuvieron su lugar, aunque no en el que sugieren Cockcroft y muchos otros historiadores de la narrativa.

### III

La ola de animación política —esa "animación que había caído en el olvido de tantos años atrás"—<sup>27</sup> que agitaba a la nación política mexi-

<sup>25</sup> Cosío Villegas, "Politics and the Mexican Intellectual", *cit.*, pp. 29, 31.

<sup>26</sup> Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana: la formación del nuevo régimen*, México, 1973, pp. 26-27.

<sup>27</sup> Lefavre, *México, a Quai D'Orsay*, 6 de julio de 1909, Archives des Affaires Étrangères, Paris-Mexique, Politique Intérieure, I:45.

cana en los últimos años del porfiriato, dependía en gran parte del quehacer de los intelectuales, no sólo en el sentido de que había intelectuales muy destacados —maestros, periodistas, abogados, estudiantes— sino también en el sentido de que la agitación se centraba en ideas e ideales (en franca oposición a la política del poder, a la política clasista y a la política personalista/clientelista), lo que atraía a grupos y a individuos susceptibles a la llamada de las ideologías. “Los ideales”, como dijo don Timoteo, aquel prototipo (aunque ficticio) del maderista, “son eternos, imperecederos”; “sólo quienes construyen sobre las ideas”, respondió Rafael Martínez, “construyen para la eternidad”.<sup>28</sup>

Por consiguiente, la oposición política del primer decenio de 1900 adquirió un tono moralizador, misionero. A partir de 1900, la clase media liberal, hasta entonces adormecida, anestesiada por el progreso económico del porfiriato, tomó conciencia aguijoneada por el clero, en particular por el obispo de San Luis Potosí.<sup>29</sup> Camilo Arriaga dirigió la cargada liberal, que presagiaba la formación del PLM, el primer verdadero partido nacional de oposición al porfiriato. La plataforma inicial del PLM no tardó en extenderse más allá del anticlericalismo para incluir una reafirmación del liberalismo tradicional: sufragio efectivo, municipio libre, un poder judicial honesto e independiente. El manifiesto del partido exhortaba a que se retomara el camino juarista y se emulara a los héroes liberales del siglo pasado, un camino “tanto tiempo abandonado” para aflicción de la patria.<sup>30</sup> Este llamado al civismo —a sustituir las prácticas porfiristas por la consigna de “mucho política y buena administración”—<sup>31</sup> tuvo buena respuesta, especialmente entre los grupos más respetables y cultos de la clase media en las efervescentes ciudades de México. Y después, cuando la represión porfirista empujó al PLM hacia la clandestinidad, hacia el extranjero y hacia la izquierda, los reyistas y los maderistas, espoleados por los desatinados comentarios de Díaz a James Creelman, recogieron y difundieron más ampliamente este llamado.

El primer PLM, y sus sucesores, los reyistas y los maderistas, contaron principalmente con el apoyo de la clase media predominantemente urbana. Quienes firmaron el primer manifiesto fueron miembros de “las clases altas y medias” de San Luis —ingenieros, médicos, estudiantes, abogados—, y fueron otros grupos semejantes los que acudieron al primer congreso, sugiriendo que el perfil nacional (en 1901) no difería mucho del perfil local.<sup>32</sup> Aun más adelante, cuando el PLM se había convertido en una organización radical, clandestina, constituida por emigrados, si-

<sup>28</sup> Mariano Azuela, *Obras completas de Mariano Azuela*, México, 1958, t. II, p. 806; *El Demócrata*, noviembre 3 de 1916.

<sup>29</sup> Cockcroft, *Intellectual Precursors*, cit., pp. 92-93.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 96; Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México: el porfiriato, vida política interior*, 2ª parte, México, 1972, pp. 691-92.

<sup>31</sup> *El Diario del Hogar*, mayo 23 de 1911.

<sup>32</sup> Cockcroft, *Intellectual Precursors*, cit., pp. 93, 95.

guió recibiendo apoyo de la clase media urbana en México; pero estos partidarios, que leían *Regeneración*, que jugaban a la política de oposición y que eran objeto de vigilancia y a veces de represión por parte de las autoridades porfiristas, eran más bien simpatizantes que militantes revolucionarios. Este, por ejemplo, es el caso de un pequeño grupo de Parral, Chihuahua, dirigido por un comerciante, un empleado y un profesor que, suscribiéndose al periódico, “deseaba apoyar al Club de San Luis siempre y cuando no se tratara de una revolución”, pero que se separó (en 1906) al plantearse la revolución.<sup>33</sup> No sorprende que las autoridades porfiristas no se preocuparan demasiado por estas actividades: esta clase de opositores no “pasaban de las palabras”; eran “utopistas [...] débiles criaturas en el momento crítico, cuyos planes más que miedo dan risa”.<sup>34</sup>

Antes de 1909-1910, las autoridades llevaban las riendas. El primer Congreso Liberal fue cortado en seco, lo mismo que los incipientes clubes liberales que se formaban en diferentes puntos de la República. Fácilmente se controlaron las agitaciones subsecuentes del PLM, incluyendo dos intentos de revuelta en 1906 y 1908.<sup>35</sup> Sin embargo, posteriormente empezó a notarse “un cambio radical en la actitud del público”.<sup>36</sup> Se percibía este cambio en las calles, en los desfiles, en las manifestaciones y en las reuniones políticas; en la prensa y en las campañas electorales; hasta en la forma torpe como el régimen intentaba contrarrestar la oposición con formas nuevas de actividad reeleccionista dirigida a las masas para luego tomar medidas represivas directas.<sup>37</sup> Salta a la vista la semejanza en el estilo y en el tipo de personas involucradas. El gobernador de Jalisco informaba que los revistas de ese estado eran “estudiantes, abogados sin clientela, y otros de ese tipo”; la correspondencia de Madero está repleta de licenciados, ingenieros, periodistas y abogados”; y los conflictos con los gobiernos locales, como el de Morelos, produjo oposición entre la gente pensante de provincia —“los pueblerinos [...] de cuello blanco, calzado y ropa interior [...] los empleados y comerciantes y directores de periódicos y abogados”.<sup>38</sup>

<sup>33</sup> Enrique Creel a Rodolfo Valles, jefe político, Parral, y viceversa, 15 y 20 de octubre de 1906, Archivo Silvestre Terrazas, Bancroft Library, caja 26.

<sup>34</sup> *Ibid.*, Rodolfo Valles a Creel, 24 y 29 de octubre de 1906, fuente citada.

<sup>35</sup> Francisco Mateus, jefe político, Distrito de Bravos, Ciudad Juárez, a Creel, 29 de junio de 1908, Archivo Terrazas, caja 28; véase a Cosío Villegas, *Vida política*, p. 695, respecto de la represión del primer grupo de liberales en San Luis.

<sup>36</sup> Jorge Vera Estañol, *La Revolución Mexicana: orígenes y resultados*, México, 1957, p. 95.

<sup>37</sup> Ahumada, gobernador de Jalisco, a Creel, febrero 3, 1909, Archivo Corral, Condumex; Cosío Villegas, *Vida política*, pp. 664, 799, 831-32, 871.

<sup>38</sup> Ahumada a Corral, 1 de junio de 1909, Archivo Corral; Womack, *Zapata, cit.*, p. 20. Obsérvese también la preponderancia de “jóvenes intelectuales, abogados [y] maestros de escuela” entre los integrantes de la oposición en Guerrero: Ian Jacobs, “Rancheros of Guerrero: the Figueroa Brothers and the Revolution”, en Brading, *Caudillo and Peasant, cit.*, p. 81.

Atestiguan al contenido "intelectual" de estos movimientos de protesta política su ideología y el perfil ocupacional de sus partidarios. Fueron movimientos pensantes; se valoraban la articulación de sus planteamientos y la coherencia de su ideología. Atraían a los "pensadores, a los filósofos, a los escritores, a los amantes de la Patria y de la Libertad".<sup>39</sup> También, por supuesto, atraían a los marginados políticos que buscaban la oportunidad de beneficiarse en lo personal, y cuya adhesión al reyismo o al maderismo se puede analizar en términos namieristas: quién conoce a quién, quién patrocina a quién, quién es cliente o enemigo político de quién. Quizá Carranza y Maytorena quepan en esta categoría.<sup>40</sup> Pero en 1908-1910, este tipo de converso no podía dominar un movimiento político en ciernes como el que se describe, ni podían los lambiscones y los arriados poner en marcha un movimiento así; además, el reyismo y el maderismo todavía no pintaban como triunfadores para los políticos aguzados que buscaban la ganancia segura —de ahí la precaución, el temor, con que obraba la astuta familia de Madero, especialmente su abuelo Evaristo y su tío Ernesto.<sup>41</sup>

Hay historiadores que quisieran explicar desde un punto de vista marxista, en vez de namierista, la creciente oposición liberal que surgió en la primera década de este siglo. Observando con suspicacia las intenciones manifiestas de los participantes ("Sufragio Efectivo. No Reelección") y ansiosamente buscando motivos oscuros, bajos, quisieran atribuir a presiones económicas esta revuelta de la clase media pensante: las penalidades financieras, la competencia del exterior, las zozobras de "venir a menos", razones todas, según Cockcroft, que constituyen una especie de explicación general para salir del paso.<sup>42</sup> Es más, hay quienes apuntarían al trauma creado por la crisis económica de 1907.<sup>43</sup> En resumen, desde este punto de vista, el antirreeleccionismo, a pesar de su enfoque netamente político, fue un movimiento fundamentalmente clasista, económicamente determinado, que debe analizarse en términos de los agravios socioeconómicos de sus partidarios. La ideología antirreeleccionista, fundada en el liberalismo clásico y desatenta de los problemas socioeconómicos (especialmente del imperialismo económico extranjero, supuestamente el espantajo de esta dolida burguesía nacional), no era más que una fachada;

<sup>39</sup> Madero, citado en Córdova, *La ideología*, p. 109; Vera Estañol, *La Revolución Mexicana*, p. 95, destaca el efecto que tuvo la entrevista Creelman en las "clases intelectuales".

<sup>40</sup> Respecto de Carranza, convence más Alfonso Junco, *Carranza y los orígenes de su rebelión*, México, 1935, que algunos biógrafos más recientes; para Maytorena véase a Héctor Aguilar Camín, *La Revolución sonorensis, 1910-1914*, México, INAH, 1975, pp. 76-79.

<sup>41</sup> Evaristo Madero a Francisco Madero, noviembre 22, 1909, en José C. Valadés, *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*, México, 1960, t. 1, pp. 272-273.

<sup>42</sup> Cockcroft, *Intellectual Precursors*, cit., pp. 57, 87 ss.

<sup>43</sup> Ruiz, *The Great Rebellion*, pp. 51-52, 120-21.

no se debe perder el tiempo con los intelectuales y los ideólogos, puesto que la realidad se encuentra en factores económicos más profundos.<sup>44</sup>

Sólo que hay una serie de problemas con este punto de vista, y aunque aquí no se pueden repasar en detalle, en conjunto sugieren que el antirreeleccionismo era más o menos lo que decía ser: un movimiento político, preocupado por problemas políticos, desatento, si no inconsciente, de los problemas sociales, nada crítico de la estrategia económica de Díaz (incluso del lugar que se le asignaba a los intereses extranjeros), y puesto en marcha por personas motivadas ideológica más que económicamente, que tomaban muy en serio su ideología, aun al grado de perseguir metas ideológicas, como lo hizo Madero, en contra de sus propios intereses económicos. Las demandas políticas liberales de la clase media urbana no eran mera espuma; eran la corriente principal que arrastraba al maderismo.

En primer lugar, se observa que la oposición política antecede a la depresión de 1907 y, aun cuando la depresión pudo haber incrementado el problema, la oposición siguió en aumento después de sobrepasada la depresión y ya en plena recuperación económica. Los detonantes para la oposición fueron sucesos políticos como la entrevista Creelman y las elecciones de 1910.<sup>45</sup>

En segundo lugar, un repaso de la lista de maderistas a nivel regional y nacional, no apunta a partidarios económicamente privados o con economías en declive, sino por el contrario, incluye a gente acomodada, respetable, y bien establecida; la oposición en Guerrero, como en todo el país, se componía de "beneficiarios del Porfiriato" y no de víctimas del mismo.<sup>46</sup> En cuanto a los intelectuales desempleados, la supuesta materia prima de las revoluciones en general y de la mexicana en particular, se pueden encontrar anécdotas tanto a favor como en contra de esta hipótesis (aunque no existen datos estadísticos concretos): según un perspicaz observador francés, a finales de la depresión de 1907 "México no sufre 'una crisis de intelectualismo'. Todo mexicano educado tiene manera de conseguir un buen puesto y de ganarse bien la vida".<sup>47</sup>

En tercer lugar, es de notarse que los propios partidarios de la oposición se beneficiaron, y no al revés, de la penetración económica extranjera (principalmente la estadounidense), y que muchos maderistas, desde

<sup>44</sup> Bien se sabe que el antirreeleccionismo tiende hacia los remedios clásicos liberales; respecto de la falta de atención al nacionalismo económico, véase a Alan Knight, "Nationalism, Xenophobia and Revolution: the Place of Foreigners and Foreign Interests in Mexico, 1910-15", Oxford, tesis de doctorado, 1974, pp. 119-41.

<sup>45</sup> La evidencia estadística e "impresionista" sugiere que para 1910 se había logrado una reactivación bastante completa de la economía, al tiempo que aumentaba la oposición política.

<sup>46</sup> Jacobs, "Rancheros of Guerrero", p. 83.

<sup>47</sup> Vitold de Szyszlo, *Dix mille kilometres a travers le Mexique*, París, 1913, p. 31; Cockcroft, *Intellectual Precursors*, cit., pp. 44-45, se confía mucho en las declaraciones de Palavicini.

lumberas nacionales como Cabrera hasta el sinfín de activistas regionales, especialmente en el noreste, tuvieron relaciones estrechas y lucrativas con grupos extranjeros.<sup>48</sup> Por lo tanto, no sorprende la ausencia de un fuerte nacionalismo económico en el maderismo.

Y finalmente, debe señalarse que, desde un punto de vista económico, es muy difícil distinguir entre las facciones en pro y en contra de Díaz en el primer decenio de este siglo, para explicar por qué, por ejemplo, familias como la Madero, o la Flores Magón, se polarizaron ideológica y políticamente a pesar de su evidente uniformidad económica; pues no debe olvidarse que muchos sectores de las clases media y alta se mantuvieron tercamente leales a Díaz. O sea que las fisuras políticas del primer decenio, por lo menos en estos grupos, se manifestaron en forma ideológica, y hasta cierto punto regional, más que económica, y no debemos quedarnos atados al reduccionismo grosero que siempre tiene que encontrar la coyuntura exacta entre los fenómenos ideológicos, "superestructurales", y las causas económicas "de última instancia", "de fondo", "infraestructurales".

Por lo tanto, no existe razón para desechar los principios manifiestos de la oposición en ese primer decenio del siglo ni hay por qué buscar motivos oscuros subconscientes. Por ese camino se llega al historicismo, y no a la historia. Es válido ver a esta oposición antiporfirista de la clase media como un retorno a la vieja tradición liberal, sostenida ahora por un creciente contingente urbano, galvanizado por la incertidumbre política, e inspirado, por lo menos parcialmente, por ejemplos vistos en el extranjero, especialmente por el movimiento progresista estadounidense.<sup>49</sup> Se trató de un movimiento profundamente político e ideológico, nutrido de una fuerte tradición. Fue un movimiento que atrajo a entes políticos y no a desempleados dolidos: a personas como Francisco Múgica, liberal de tercera generación que a los veinte años se dedicó al periodismo de oposición y a la agitación política (antes de la depresión, y no por falta de empleo: como recaudador de impuestos, sus actividades no lo ayudaban sino que lo perjudicaban en su trabajo); o como el menos conocido Pipino González de Tezontepec, Hidalgo, a quien tanto le molestó el atraso político y los abusos descarnados que veía "aquí en el siglo veinte [...] en una época en que se dice que la civilización ya llegó a su apogeo [...] y en un país supuestamente libre".<sup>50</sup>

Así se quejaba la conciencia liberal ofendida. Y para corregir y modi-

<sup>48</sup> Knight, "Nationalism, Revolution and Xenophobia", pp. 76-80.

<sup>49</sup> Córdova, *La ideología*, cit., pp. 106-107.

<sup>50</sup> Armando de María y Campos, *Múgica, crónica biográfica*, México, 1939, pp. 12, 24; Pipino González, Tezontepec, a Ricardo Flores Magón, marzo 8 de 1902, Archivo Trerazas, caja 26 (es evidente que González no era maderista, pero reaccionaba típicamente como liberal ofendido, atraído por la promesa de una oposición creciente). Véase también a Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos*, México, 1951, pp. 34-35.

ficar la situación, la oposición liberal no buscó simplemente “un gobierno por voto real y sin cabeza” (aunque éste fuese el elemento central de su programa), sino que se propuso lograr la elevación moral del pueblo ignorante y degradado —ese pueblo al que los liberales a un tiempo compadecían, protegían, y temían.<sup>51</sup> A la vez que pugnaban por elecciones libres y una vigorosa democracia representativa, los liberales querían que hubiese moderación, autodisciplina, ahorro, decencia, higiene y, como medio para lograr alcanzar esas virtudes, educación, que para muchos era la panacea. En este sentido seguían de cierta manera la pauta porfirista (y la de otros países): algunos porfiristas ilustrados como Justo Sierra ya habían insistido en estos temas.<sup>52</sup> Pero, para los liberales, el viejo régimen no había cumplido con sus preceptos: “¿Acaso no lo he dicho ya mil veces [dijo don Timoteo] que la ignorancia de las masas es una vergüenza nacional?”, concepto que repetían muchos reformadores de carne y hueso, que veían en las aulas, así como en la prensa y en la propaganda, la manera de elevar al pueblo y de hacerlo apto para tomar parte en un futuro democrático.<sup>53</sup>

Pero para los liberales, en su misión de mejoría y constitucionalismo, el problema consistía en cómo convencer al pueblo. Como en el caso de otros movimientos de protesta de esa época contra las oligarquías de América Latina, los maderistas sólo contaban con una endeble base popular, especialmente en el campo. Los clubes maderistas atraían a los trabajadores urbanos, especialmente a los artesanos ambiciosos con cierta educación como Gabriel Gavira, ejemplo clásico de este grupo.<sup>54</sup> Pero entonces no era tan marcada la división entre la clase media urbana y la aristocracia laboral (inclusive pudieron zanjarla algunos ilustres porfiristas como Guillermo Landa y Escandón); mientras que entre ambos sectores y los campesinos, que constituían la mayor parte de la población, se abría todo un abismo.<sup>55</sup> En México, como en otras partes del mundo subdesarrollado, “de principio a fin, el problema principal de los revolucionarios

<sup>51</sup> “Un pueblo ignorante y fanatizado y degradado”: Amado Escobar, Torreón, a Nemesio Tejeda, octubre 14 de 1906, Archivo Terrazas, caja 26. Abunda la evidencia de una actitud moralista y austera entre los maderistas y en la ideología constitucionalista.

<sup>52</sup> Moisés González Navarro, *Historia moderna de México: el porfiriato, vida social*, México, 1970, pp. 536, 599-600.

<sup>53</sup> Azuela, *Obras completas*, II, p. 806; véase la introducción de Palavicini a Antonio Manero, *Por el honor y por la gloria, 50 editoriales escritos durante la lucha revolucionaria constitucionalista en Veracruz*, México, 1916, pp. 5-7; Córdova, *La ideología*, cit., p. 111.

<sup>54</sup> Rodney D. Anderson, *Outcasts in Their Own Land. Mexican Industrial Workers, 1906-1911*, DeKalb, 1976, pp. 254-67; Gabriel Gavira, *Su actuación políticomilitar revolucionaria*, México, 1933, p. 6.

<sup>55</sup> Anderson, *Outcasts*, cit., pp. 232-34.

[...] supuestos defensores del pueblo, consiste en encontrar la manera de comunicarse con ese pueblo".<sup>56</sup>

En 1910-1911 quedó al descubierto la impotencia de los liberales; o mejor dicho, se vio que podían iniciar, pero no controlar, una revolución popular. La revuelta maderista no fue la operación limpia, rápida, completa que se tenía pensada. Al contrario, se convirtió, como le escribía Cabrera a Madero, en "un cataclismo más fuerte y más vasto de lo que tenía usted en mente",<sup>57</sup> con todo y su rebelión agrarista, tumultos, 'jacquería' y matanza. Profundamente alarmados por la agitación que había desatado, los maderistas se vieron incapaces de contener la situación sin movilizar al ejército federal, cosa que pronto hicieron. La represión fue necesaria porque la dirigencia maderista —urbana, de clase media, respetable, educada, intelectual— no controlaba ni tenía contacto con la plebe campesina que había derrocado al régimen anterior.

En el campo de batalla se nota la ausencia de algunos individuos (como Cabrera o Palavicini, a quienes no atraía la rebelión armada una vez que se hubo detenido la acometida maderista en 1910); de algunas regiones (el noroeste, fortaleza del maderismo civil entre 1909 y 1910, se mantuvo relativamente tranquilo entre 1910 y 1911, y a la inversa, otras regiones donde el maderismo no había hecho mucha mella —Morelos, Durango, la Huasteca— ahora se hacían presentes), y de algunos grupos sociales (a medida que los protagonistas de la política electoral pertenecientes a la clase media urbana le dejaban el campo libre a los cabecillas rurales y a su gente, diestra en el arte de la guerrilla).

Es evidente la incapacidad de algunos dirigentes maderistas para pasar de la oposición política pacífica a la rebelión armada. Los miembros del comité antirreeleccionista de Morelia se mantuvieron al margen de la revuelta maderista, lamentando la tranquilidad de esta ciudad adormilada y piadosa (una comunidad "quieta, sorda y muda", como le decían), pero temerosos de aventurarse en el monte, no los fueran a llamar bandidos.<sup>58</sup> También hubo maderistas que no pudieron actuar porque cayeron en las redadas porfiristas y otros que tomaron la vía de la rebelión, para encontrarse más bien en el vía crucis, lo cual no es sorprendente.<sup>59</sup> No hacen falta las advertencias del Che Guevara para percibir los problemas con que se enfrenta una persona de la clase media urbana cuando se va a la sierra. Gabriel Gavira ya lo había advertido años antes, con base en sus propias rudas experiencias.<sup>60</sup> Y para muchos otros con lazos familiares y negocios, los riesgos eran demasiado grandes, por lo menos hasta que em-

<sup>56</sup> Franz Borkenau, *World Communism: A History of the Communist International*, Ann Arbor, 1971, pp. 30-31.

<sup>57</sup> Ruiz, *The Great Rebellion*, cit., p. 219.

<sup>58</sup> Joce to Cabrera, mayo 12 de 1911, Archivo Robles Domínguez, 16/2.

<sup>59</sup> E. Colmenares Ríos a Robles Domínguez, junio 13 de 1911, Archivo Robles Domínguez, 25/218.

<sup>60</sup> Gavira, *Su actuación*, cit., p. 35.

pezó a rodar la carreta de la revolución armada, entre abril y mayo de 1911.<sup>61</sup>

Entretanto, la clase media maderista, inclusive la gran comunidad intelectual maderista, se ocultaba; o cuando mucho, mostraba su apoyo por la revolución en la forma acostumbrada y que mejor le sentaba:<sup>62</sup>

durante [la revolución] el Sr. Contreras no dejó de hacer propaganda entre las clases media y alta. Escribió argumentos vigorosos, razonados, contra la dictadura, en la prensa independiente, y el día en que se declaró el armisticio [...] o poco antes, escribió un artículo notable en el que pedía la renuncia del general Díaz. Éste es un esbozo de su contribución a la revolución.

Después del triunfo de la revolución, otros maderistas se dedicaron a contener a las fuerzas populares, exhortando a la calma, haciendo promesas vacías y, cuando fuera necesario, iniciando consejos de guerra.<sup>63</sup> Pero como le sucedió a Madero en sus tratos con algunos cabecillas norteños como Orozco o Luis García de Bachiniva, una cosa era echar a andar una revolución, y otra disciplinar y dirigir a los individuos rudos, recalcitrantes, que primero habían acudido a su llamado.<sup>64</sup> Lo que Rutherford llama “una gruesa barrera de clases” separaba a los intelectuales de los “campesinos revolucionarios”: un raro ejemplo, a mi parecer, de “enfoque(s) literarios” que arriban a la correcta conclusión histórica.<sup>65</sup>

Por supuesto, vale la pena agregar que la incapacidad de la élite para ejercer el control se hizo más patente entre las autoridades porfiristas, y en el viejo régimen en general. En realidad, lo que la revolución de 1910 reveló —revelación más cruda porque vino a raíz del Centenario, con toda su complacencia y bombo— fue que el viejo régimen había perdido su legitimidad en gran escala: un fracaso general aún más fundamental que los fracasos individuales del aparato represivo (ejército, rurales, defensas sociales, etcétera). En algunas regiones del país, y casi de la noche a la mañana, había cambiado el estado de ánimo del pueblo —que ahora se mostraba impaciente, desafiante, menos sumiso— y los viejos caciques que antaño armaban a sus peones para dar batalla ahora descubrían que ya no era posible hacerlo, porque éstos volteaban las armas y les apuntaban a ellos.<sup>66</sup> En lo que respecta al pueblo, los caciques, jefes políticos y

<sup>61</sup> Aguilar, *La Revolución sonorensis*, cit., pp. 19-20, cita a Benjamín Hill.

<sup>62</sup> Guillermo y Gustavo Gaona Salazar a Madero, octubre 10 de 1912, en Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución mexicana: revolución y régimen maderista*, IV, México, 1965, pp. 149-50.

<sup>63</sup> Marcos V. Méndez a Gobernación, julio 30 de 1911, en Archivo de Gobernación, legajo 14, Relaciones con los Estados..., 1911-1912, núm. 2 (Michoacán).

<sup>64</sup> Michael C. Meyer, *Mexican Rebel: Pascual Orozco and the Mexican Revolution, 1910-1915*, Lincoln, 1967, pp. 32-36; Ximena Sepúlveda Otaiza, *La Revolución en Bachiniva*, DEAS, núm. 7, 1975.

<sup>65</sup> Rutherford, *Mexican Society*, cit., p. 127.

<sup>66</sup> Por ejemplo, en Chihuahua: María Isabel Souza entrevistó a Simón Márquez Camarena, 1973, INAH PHO/1/113; José Fuentes Mares, *Y México se refugió en el desierto. Luis Terrazas: historia y destino*, México, 1954, pp. 244-45.

administradores de las haciendas (quienes supuestamente deberían presentar el frente de defensa “ideológica” contra la revuelta campesina, como lo hacían los rurales en la resistencia armada), no sólo no pudieron contener la rebelión campesina, sino que con frecuencia se encontraban entre sus primeras víctimas, pues los corrían del pueblo, del estado, o los remataban a “puro machetazo”.<sup>67</sup> Y entretanto, en la cumbre, los científicos —tecnócratas metropolitanos que carecían de raíces en la provincia o de legitimidad en el sector político— se vieron desprovistos de poder, en situación precaria, y finalmente dependientes del viejo y decrepito dictador.<sup>68</sup>

La caída de Díaz y del viejo régimen se debió en parte a que se había desatendido al ejército y a los rurales (hasta cierto punto), pero principalmente a que en su afán de modernización le habían cargado la mano sin consideración a la población campesina, sin tomar en cuenta la rápida erosión que esto producía en la legitimidad del gobierno. Ni los terratenientes ni los administradores, jefes, curas y jueces pudieron apuntalar al viejo régimen, al menos sin recurrir a un aparato represivo inadecuado; la hegemonía y el control ideológico se habían deteriorado demasiado. México, a partir de 1910, había perdido esa “armadura flexible pero totalmente resistente” que, según Gramsci, defendió al “bloque agrario” del *Mezzogiorno* italiano.<sup>69</sup>

Este argumento es más convincente cuando se establecen comparaciones entre las regiones del centro y del norte, en las que la rebelión popular denotaba el deterioro del viejo régimen, y aquellas en que las autoridades seguían controlando sin tener que recurrir a la represión general. En estas regiones (aunque había otros elementos en juego), las autoridades y las élites —los caciques de la Sierra de Juárez, los terratenientes del sur de Veracruz, los finqueros de Chiapas— estaban bien arraigadas, mantenían cierta supremacía, y por lo tanto podían armar a sus peones sin arriesgar el pellejo.<sup>70</sup>

#### IV

Y así siguió su curso la rebelión popular campesina, sin dirigentes intelectuales destacados, del tipo clásico, de la clase media, lo cual no sólo

<sup>67</sup> G. Carothers, Torreón, al Departamento de Estado (EU, 8 de marzo de 1911, Archivo del Departamento de Estado (en lo sucesivo S.D.), 812.00/6962; J. P. C., Tlahualilo a J. B. Potter, abril 13, 1911 Foreign Office (en lo sucesivo F.O.) 371/1147; 16690; M. Martínez a A. Torres Rivas, 23 de mayo de 1911, Archivo Robles Domínguez, 13/5.

<sup>68</sup> Cosío Villegas, *La vida política*, cit., pp. 853-54.

<sup>69</sup> Buci-Glucksmann, *Gramsci and the State*, cit., p. 26.

<sup>70</sup> Alicia Hernández Chávez, “La defensa de los finqueros en Chiapas, 1914-1920”, en *Historia Mexicana*, XXVIII/3, 1979, pp. 338-65, presenta un estudio sobresaliente de un problema más general.

puso al descubierto la crisis de legitimidad del régimen porfirista, sino que a la vez le planteó a su sucesor maderista un problema insuperable de control. De cualquier manera, sirvió para señalar el abismo que existía entre la ciudad y el campo, entre la "gente decente" y el campesino, entre los intelectuales y el pueblo. ¿Tratábase, entonces, de una rebelión sin contenido intelectual?, ¿un arrebató bruto, mudo, atávico de peones sanguinarios? La prensa contemporánea (tanto la porfirista como la maderista), como después muchos de los historiadores, así solía ver el problema. "Como los monstruos con cabezas de alfiler de la prehistoria", dice Rutherford, "la Revolución mexicana no tuvo el control mental ni la dirigencia adecuada para poder con la fuerza física que se había desatado".<sup>71</sup> Aunque expresadas con menos ingenio, en ese mismo sentido hubo otras opiniones.<sup>72</sup> O bien, como variante del mismo tema, se ha sostenido que la revolución popular fue obra de agitadores corruptos que se aprovechaban de las mentes incultas de las masas ignorantes.<sup>73</sup>

Este punto de vista no es aceptable, aunque hay que admitir desde ahora que existen fuertes obstáculos metodológicos para ofrecer una alternativa cabal y positiva. Sin embargo, ya no es posible negarle al campesinado atributos intelectuales e ideológicos como contrapartida al concepto de "la imbecilidad de la vida rural", ni partir del supuesto, como lo hace Gramsci, siguiendo la tradición marxista que todavía tienen sus seguidores, de que el contenido intelectual/ideológico de la conciencia revolucionaria campesina necesariamente tiene que venir de "afuera" por conducto de contactos urbanos, del partido de vanguardia o de cualquiera agencia externa.<sup>74</sup> El número reciente de estudios realizados sobre campesinos demuestra que la conciencia campesina es más compleja, y que tiene más elementos de intelectualidad de lo que antes se suponía.<sup>75</sup> No

<sup>71</sup> Rutherford, *Mexican Society*, cit., p. 127, y véase, por ejemplo, a Womack, *Zapata*, cit., p. 100.

<sup>72</sup> La anarquía insensata del movimiento popular fue tema constante en los informes del Departamento de Estado de los Estados Unidos, y del British Foreign Office. Aun los historiadores que simpatizan con el movimiento popular tienden a descartarlo; véase, por ejemplo, a John M. Hart, "Agrarian Precursors of the Mexican Revolution", en *Américas*, XXIX, 1972-73, p. 244.

<sup>73</sup> Otra vez, el punto de vista común en el extranjero; véanse, por ejemplo, las extensas respuestas al cuestionario de Mallet Prevost de noviembre de 1912 en S.D. 812.00/6891, o *The Rosalie Evans Letters from Mexico* (arr. D. C. Pettus), Indianapolis. 1926.

<sup>74</sup> Karl Marx y Friedrich Engels, *The Manifesto of the Communist Party*, Moscú, 1959, p. 51. Compárese con E. J. Hobsbawm, "Peasants and Politics", en *Journal of Peasant Studies*, I, 1973, pp. 9, 11, y con Fowler, *Agrarian Radicalism*, cit., pp. 45-46.

<sup>75</sup> Emmahuel Le Roy Ladurie, *Montaillou, Cathars and Catholics in a French Village, 1294-1324*, Londres, 1980, pp. 232-33; y véase también la sección "Peasants Speak" del *Journal of Peasant Studies*, así como el material recopilado por los historiadores dedicados a la historia oral, en especial los que han trabajado con tan buenos resultados en el INAH bajo la coordinación de Eugenia Meyer.

hay razón para excluir de esta generalización a los campesinos mexicanos; además, existen pruebas —aunque de fuentes adversas— de la diseminación de ideas radicales entre la gente de pueblo en los centros urbanos y en el campo, durante el movimiento revolucionario.<sup>76</sup> Se podría ir más lejos y sugerir que el campesinado mexicano de 1910-1920 tuvo a sus propios “intelectuales orgánicos” que presentaron una visión diferente a la de Díaz (o a la de Madero, o Carranza), y que a veces proponían políticas distintas, dando pábulo ideológico a la protesta y a la revuelta campesina durante mucho tiempo.

Esto no se refiere a los aduladores, oportunistas y charlatanes que se enganchaban a las rebeliones populares triunfantes para ponerse a salvo, o en pos de prestigio o favores: ese ejército de ex estudiantes, maestros, periodistas, abogados y otros que competían por los puestos de escribientes, secretarios y autores de discursos y manifiestos de la revolución. Intelectuales, sí, pero su función era crear, discurrir y difundir ideas, y a veces darle a los movimientos rebeldes ideológicamente mudos un cierto grado de expresión y publicidad que de otra manera no tendrían, debido a que los dirigentes originales, populares, rurales, no tenían propensión para esas tareas. Díaz Soto y Gama, por ejemplo, que poco tiempo antes había jurado hacer de San Luis el Chicago de México, se ostentaba en traje de manta como campesino y se proclamaba fiel a la revolución de Morelos.<sup>77</sup> Otros conversos intelectuales a la rebelión popular, como Palafox y Vasconcelos, también tenían algunas de estas características del charlatanismo, el “prototipo” del cual también se encuentra en la novela, en el Luis Cervantes de Azuela.<sup>78</sup>

Pero si por un lado hay acuerdo acerca del grado de intelectualidad de estos tribunos del pueblo, por otro lado se puede cuestionar la profundidad de sus raíces populares, su “calidad orgánica”.<sup>79</sup> Díaz Soto y Gama, ostentándose en Aguascalientes, no era la voz auténtica del zapatismo; no era más que uno de los chupatintas a quienes se acostumbraba mandar a esas juntas (reuniones que por cuanto a dirigentes populares resultaban ser una vergüenza en lo personal o una gran pérdida de tiempo).<sup>80</sup> Ni era Luis Cervantes la personificación de Demetrio Macías y su grupo revolucionario. Hay dos maneras de ver esta falta de representatividad o de identificación. Primero, desde un punto de vista negativo, se puede alegar

<sup>76</sup> Por ejemplo, M. A. Dellille a Gobernación, 2 de octubre de 1911, Gobernación, legajo 14, Relaciones con los Estados..., 1911-1912, núm. 2 (Michoacán); Freeman, Durango, 30 de julio de 1911, S.D. 812.00/2262.

<sup>77</sup> Cockcroft, *Intellectual Precursors*, cit., pp. 190-91; Womack, *Zapata*, cit., pp. 193-94, 217.

<sup>78</sup> Rutherford, *Mexican Society*, cit., pp. 96-99.

<sup>79</sup> “Se debe poder medir la ‘calidad orgánica’ (organicidad) de los diversos estratos intelectuales, su grado de vinculación con un grupo social básico”: Sasson, *Gramsci's Politics*, p. 138, cita a Gramsci.

<sup>80</sup> Arturo Warman, *...Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, México, 1976, p. 114.

que los movimientos populares eran refractarios al control externo, especialmente al control de intelectuales ambiciosos, colonizadores. A pesar de que, según lo que dicen algunos observadores de la época e historiadores posteriores, los dirigentes populares supuestamente se dejaban manejar como títeres por sus secretarios intrigantes, la evidencia apunta a lo contrario.<sup>81</sup> Movimientos como el zapatista eran muy cerrados y suspicaces de cualquier interferencia externa, cosa que se puso de manifiesto en 1914 para el pesar de los enviados de Carranza que habían sido seleccionados por su supuesta afinidad con las susceptibilidades de los zapatistas.<sup>82</sup> La misma cerrazón se vio en otros movimientos menos importantes.<sup>83</sup>

Por lo tanto, no era fácil para los consejeros y manipuladores intelectuales penetrar y cooptar esos movimientos: Venancio, que despepitaba contra los curros “que se cuelean por todas partes como la humedad”, y Pancracio, que mataba a vistas a cualquier petimetre ciudadano, eran símbolos de una realidad.<sup>84</sup> Con todo y su importancia revolucionaria, Manuel Palafox (a quien no le ayudaba el hecho de ser homosexual), no se ganaba el afecto de los surianos, y la gente ciudadina (los curros, los catrines) tenían que romper muchas barreras de prejuicios antes de que los aceptaran. En ese sentido, en 1914 fueron la excepción los jóvenes agrónomos de Morelos, entre ellos Carrillo Puerto y Fidel Velázquez, pero es que éstos tenían unas aptitudes muy especiales. Otros ciudadanos que llegaban a la región zapatista corrían el riesgo de que los mataran.<sup>85</sup> En resumen, el zapatismo aprovechó la experiencia y los conocimientos de la gente ciudadina cuando y como le convino, sin claudicar en absoluto con la autonomía del movimiento.<sup>86</sup>

Tampoco en otras partes se nota que el secretario/orador/consejero haya sido el titiritero que se supone. Los mentores y consejeros —autonombrados— de Villa, los villistas “buenos” o “decentes” como los Madero, Ángeles, Díaz Lombardo, Escudero, Martín Luis Guzmán, tuvieron poco éxito en inculcarle “principios [morales y políticos] que para él o no existían o le eran incomprensibles”.<sup>87</sup> Esto se puso de manifiesto entre 1914 y 1915 con el comportamiento de los villistas, especialmente en la ciudad

<sup>81</sup> Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y Caciques. Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, México, 1972, pp. 333-43, presenta un argumento interesante y comparable con el caso de Álvarez.

<sup>82</sup> Womack, *Zapata, cit.*, pp. 206-10.

<sup>83</sup> Dolores Huerta, Apizaco (Tlaxcala) a Robles Domínguez, mayo 27 de 1911, Archivo Robles Domínguez 24/6, en relación con el problema de desbandar a “la gente muy cerrada” de Isidro Ortiz.

<sup>84</sup> Azuela, *Obras completas*, I, pp. 341, 387.

<sup>85</sup> Womack, *Zapata, cit.*, pp. 231-33, 241-43; Warman, *...Y venimos, cit.*, p. 127.

<sup>86</sup> Warman, *op. cit.*, p. 134.

<sup>87</sup> T. B. Hohler, Ciudad de México, 11 de septiembre de 1914, F.O. 371/2031, 56920; Martín Luis Guzmán, *The Eagle and the Serpent, cit.*, pp. 117-18.

de México, no sólo en cuanto a los pecados veniales por comisión: alborotos, pependencias, secuestros y asesinatos —una de sus víctimas fue el más indiscreto de los intelectuales, David Berlanga, y Vasconcelos estuvo a punto de sufrir la misma suerte a manos de Juan Banderas—, sino en cuanto a los pecados cardinales por omisión, como el no haber establecido una administración nacional sana, ordenada, reformista, tal y como lo aconsejaban los villistas respetables.<sup>88</sup>

Tampoco les fue bien a las eminencias grises de los caudillos menores. El abogado de Chilpancingo, de quien se decía que manipulaba a Julián Blanco, no pudo resolver el faccionalismo de los revolucionarios de Guerrero ni pudo evitar que Silvestre Mariscal aniquilara a Blanco.<sup>89</sup> A la inversa, los Cedillo funcionaron muy bien aun sin los servicios literarios de Jesús Silva Herzog.<sup>90</sup> Pastor Rouaix, esencia misma del reformador civil sincero, no pudo gobernar Durango con los cabecillas populares advenedizos; Emilio Sarabia, que había tenido una experiencia semejante en Durango en 1912, no pudo manejar a Urbina en San Luis en 1915; y por otra parte, la intención de Vasconcelos de hacer el papel de Platón para el Dionisio de Eulalio Gutiérrez, acabó en tragicomedia.<sup>91</sup> Hay cantidad de ejemplos que dan fe de la independencia de los dirigentes y movimientos populares ante los intentos de controlar, dirigir o manipularlos intelectualmente. Y aunque algunos de los guías/manipuladores (como Rouaix) fueron sin duda sinceros y de buena voluntad, muchos otros, incluyendo al Ulises Criollo, propalaron las versiones históricas que sirvieron de base para crear el estereotipo literario del revolucionario intelectual: lánguido, frívolo, inconstante y sentimentalmente erótico.<sup>92</sup> Porque si las novelas de la revolución nos pueden decir algo de la realidad histórica (y es difícil que lo hagan), es precisamente en este campo, esbozando el carácter del revolucionario clásico intelectual: lo cual explica por qué, como dice Cosío Villegas, “no fueron muy numerosos los inte-

<sup>88</sup> *Ibid.*, pp. 293 ss.; Canova, Ciudad de México, diciembre 17 de 1915, S.D. 812.00/14122.

<sup>89</sup> Informe del Comandante en Jefe de la Flota del Pacífico de los Estados Unidos, 1 de octubre de 1914, 18 de enero de 1915, S.D. 812.00/13672, 14239.

<sup>90</sup> Gavira, *Su actuación*, cit., p. 134; James W. Wilkie y Edna Monzón de Wilkie, *México visto en el siglo XX*, México, 1969, pp. 606-07 en relación con los discursos de Silva Herzog a favor de Eulalio Gutiérrez y de los Cedillo; posteriormente Silva Herzog fue secretario de Gutiérrez —de ahí que lo hayan sometido a consejo de guerra los carrancistas— en tanto que los Cedillo siguieron luchando con éxito, lanzando de paso manifiestos bien redactados: véase el *Manifiesto del Ejército Convencionalista del Centro*, 1ª y 2ª Brigadas, Ciudad del Maíz, agosto 16 de 1916, Archivo de Carranza, Condumex, carpeta 91.

<sup>91</sup> Matías Pazuengo, *Historia de la Revolución en Durango*, Cuernavaca, 1915, pp. 109-10; Bonney, San Luis, 25 de junio de 1915, S.D. 812.00/15374; Vito Alessio Robles, *Mis andanzas con nuestro Ulises*, México, 1979, pp. 186-87.

<sup>92</sup> Rutherford, *Mexican Society*, cit., p. 86.

lectuales que se vincularon con los dirigentes revolucionarios [...] y fue excesivamente limitada su influencia”.<sup>93</sup>

Hago hincapié en lo *clásico*. Cosío Villegas y los novelistas se concentran en los intelectuales de la clase media urbana que, por diversos motivos, “se fueron con el pueblo”, como los Narodniki de la Rusia del siglo XIX. Pero (de acuerdo con la teoría de Gramsci) no fueron éstos los únicos intelectuales revolucionarios, y su fracaso relativo para penetrar y dirigir el movimiento popular pudo deberse en parte a la existencia dentro del mismo de auténticos intelectuales orgánicos o, para decirlo de otro modo, de un nivel más elevado de calidad orgánica (*organicité*) que el de los instrusos. Estos intelectuales orgánicos no tenían que “irse con el pueblo”, porque ya estaban allí. Gozaban, además, de la confianza y de la simpatía populares; no tenían que romper barreras de prejuicios, y por su mera presencia podían servir de filtro para evitar la coopción y el control externos.

Cosío Villegas<sup>94</sup> reparó en su existencia. Comenta que algunas veces había “cierta afinidad entre el jefe y sus amanuenses”. Algunos jefes iletrados como Emiliano Zapata podían contar con la ayuda de maestros rurales, y comparada con la de las grandes figuras intelectuales nacionales, “la literatura que producían era menos elaborada, pero quizás más sincera”.

Existen ejemplos en otras culturas de intelectuales participantes en movimientos sociales (como los intelectuales cátaros de Montailou).<sup>95</sup> Para terminar, hay un ejemplo especialmente oportuno. Según Masao Maruyama, para la tarea de transformar en grupos parafascitas a los muy explotados campesinos japoneses durante la entreguerra, se recurrió a los “pseudo-intelectuales” o “subintelectuales”, o sea a “maestros de primaria, autoridades de nivel medio [...] curas, capataces de pequeñas industrias, y pequeños propietarios”, personas que en contraste con los “verdaderos” intelectuales (“hombres cultos, periodistas, profesores, abogados, estudiantes universitarios”), y debido a su “comprensión del lenguaje, los sentimientos, y los valores morales de las masas” rurales, podían hablar con la “voz del pueblo”.<sup>96</sup>

En cada caso, los intelectuales locales tuvieron un papel importante en movilizar y radicalizar a los campesinos contra sus explotadores. Naturalmente, en otras circunstancias, estos intelectuales también podían controlar y manipular a los campesinos a favor de sus explotadores. Según Gramsci, ésa fue exclusivamente su tarea en el Mezzogiorno (aunque

<sup>93</sup> Cosío Villegas, “Politics and the Mexican Intellectual”, *cit.*, p. 31.

<sup>94</sup> *Ibid.*

<sup>95</sup> Juan Martínez Alier, *Haciendas, Plantations and Collective Farms*, Londres, 1977, pp. 43-44, 64; George D. Jackson Jr., “Peasant Political Movements in Eastern Europe”, en Landsberger (comp.), *Rural Protest*, *cit.*, pp. 312 ss.; Rodney H. Hilton, “Peasant Society, Peasant Movements and Feudalism in Medieval Europe”, en la misma obra, pp. 89-90.

<sup>96</sup> Masao Maruyama, *Thought and Behaviour in Modern Japanese Politics*, Londres, 1963, pp. 58-64.

parece que Gramsci pudo estar equivocado en esta cuestión).<sup>97</sup> También en México hay muchas quejas contra los tinterillos, como en Papantla, Veracruz, antes de la revolución, cuando éstos se ponían del lado de los odiados terratenientes de la región, o contra personas como Francisco Urteaga, el “eterno” secretario de Zaragoza (Coahuila) que resultó ser “indispensable” con cada nuevo cacique del pueblo.<sup>98</sup>

El intelectual del pueblo no siempre se caracterizaba por ser el siniestro agitador, el perseguidor de víctimas inocentes, sino que podía también ocuparse de representar y organizar a la comunidad, como miembro “orgánico” de la misma y compartiendo sus intereses pero con la ventaja de tener preparación especial para esas tareas.<sup>99</sup> El cura del pueblo es el que mejor representa el carácter janosiano del intelectual pueblerino: apaciguador o campeón de agravios populares. Por supuesto que la propaganda revolucionaria le atribuye al cura el papel de apaciguador, vendido al patrón o al cacique, enemigo del progreso y de la reforma. Y, *pace* Jean Meyer, la propaganda tiene cierto fundamento: sobran pruebas de la antipatía que le tenía el clero a la revolución y, por ejemplo, de la simpatía del clero por Huerta, aunque no hubo provocación anticlerical revolucionaria.<sup>100</sup> Y esto no se circunscribía al episcopado.<sup>101</sup>

Pero también hubo curas del mismo calibre que Hidalgo y Morelos. La Iglesia todavía funcionaba como una vía de movilidad vertical y como un canal para la protesta popular: Hans Gadow hacía el contraste entre los curas mestizos y los curas indígenas que “si lograban regresar a sus lugares de origen, hacían causa común con otros indígenas”.<sup>102</sup> La idea es clara, aunque habría que actualizar la terminología. Los curas de pueblo aparecen con frecuencia en la revolución. En Morelos, por ejemplo, donde un cura mecanografió el Plan de Ayala de los zapatistas en noviembre de 1911, y donde los curas tuvieron zafarranchos con los carrancistas invasores; en Altotonga, Veracruz, donde el comecuras Gavira tuvo que

<sup>97</sup> En Gramsci, *Gli intellettuali*, pp. 11, 18, el autor parece referirse también a América Latina. Stuart Wolf y Jonathan Steinberg, investigadores especializados en Italia, concuerdan con mi opinión de que el punto de vista de Gramsci es demasiado simplista.

<sup>98</sup> Gavira, *Su actuación*, *cit.*, p. 99; véase el extenso informe anónimo “para Porfirio Garza” con la lista de nombres y actividades de los caciques de Zaragoza, en Gobernación, legajo 873.

<sup>99</sup> De nuevo aclaro que distingo entre representación y organización ideológica —tarea del intelectual— y representación/organización de clientelas por parte del cacique.

<sup>100</sup> Palomar y Vizcarra al obispo Orozco y Jiménez, 23 de febrero de 1915, Archivo del Conflicto Religioso, rollo 9; existen testimonios abundantes del regocijo de la clerecía y de los católicos por la derrota de Madero por Huerta.

<sup>101</sup> Paul Friedrich, *Agrarian Revolt in a Mexican Village*, Englewood Cliffs, 1970, pp. 47-48, 25 ss.; este autor aclara que los sacerdotes podían hacer, y de hecho hacían, lo que les atribuían los polemistas de la revolución, o sea, legitimar el dominio de la hacienda y contraoponerse a la protesta agrarista.

<sup>102</sup> Hans Gadow, *Through Southern Mexico*, Londres, 1908, p. 237.

aceptar que el cura (casado y haciendo las veces de médico del pueblo) era popular y era partidario de la revolución, y en muchos otros lugares —Zautla, Zitlaltepec, Tecamachalco, Pichucalco.<sup>103</sup>

No sorprende que en ciertas circunstancias un cura tenga un papel relevante en una rebelión local. En muchas comunidades se le consideraba, si así se lo proponía, el personaje principal: “el jefe, el consejero, el dirigente natural en la encrucijada de la rala red de colaboración del mundo rural”.<sup>104</sup> El cura predicaba, educaba, curaba, aconsejaba y representaba —y no sólo en los pueblos remotos, pacíficos y devotos como San José de Gracia.<sup>105</sup> A fines del siglo pasado, en Bachiniva, un pueblo porfiado en la sierra de Chihuahua, el cura era “progresista, inteligente, trabajador”; trató de plantar un viñedo para seguir el ejemplo del “padre Gambino de Santa Cruz de Rosales, para que sirviera de escuela de agricultura para estas partes y como nueva fuente de riqueza para el distrito”; pero, como a otros infelices habitantes, lo defraudó el cacique del pueblo.<sup>106</sup> Diez años más tarde su sucesor en Bachiniva hacía las veces de médico del pueblo, y en San Buenaventura, en esa misma región, la gente lamentaba la salida de su cura que tanto había hecho por el pueblo en cuanto a educación, caridad, y hasta en haber organizado una sociedad mutualista.<sup>107</sup>

También tenía sus precedentes el que un cura encabezara la protesta de un pueblo contra las autoridades. En la Huasteca, el cura Zavala capitaneó la rebelión agraria de 1883 (Tamazunchale, escenario de la rebelión, volvería a rebelarse en 1910); en Bachiniva, adonde el régimen del cacique Comadurán pesaba mucho, el cura “está con el pueblo y el pueblo con él” (Bachiniva también se unió a la revolución después de 1910), y en el pueblo minero de Velardeña, la aprehensión del cura local en 1909 durante una procesión religiosa encendió la mecha de una seria confrontación con las autoridades.<sup>108</sup> Este incidente ilustra el carácter de esta

<sup>103</sup> Womack, *Zapata*, cit., pp. 396; Fernando Horcasitas, *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria Náhuatl de Milpa Alta*, México, 1974, p. 127; Gavira, *Su actuación*, cit., p. 35; Everardo Arenas a Gobernación, junio 12 de 1911, Gobernación, legajo 898; Antonio Machorro a Carranza, agosto 16 de 1916, Archivo Jorge Denegri, rollo 1; Manuel González Calzada, *Historia de la Revolución Mexicana en Tabasco*, México, 1972, pp. 78-79; *El Demócrata*, 4 de febrero de 1916.

<sup>104</sup> Jean Meyer, *The Cristero Rebellion, The Mexican People Between Church and State, 1926-1929*, Cambridge, 1976, p. 187.

<sup>105</sup> Luis González, *Pueblo en Vilo: Microhistoria de San José de Gracia*, México, 1972, pp. 65, 69-72, 87-93, 96, 100-102, 107-108.

<sup>106</sup> Petición sin fecha (1899) de los vecinos de Bachiniva a Luis Terrazas, Archivo Terrazas, caja 26.

<sup>107</sup> *El Correo de Chihuahua*, 23 y 24 de marzo de 1909 (aunque por ser un órgano católico progresista, *El Correo* sin duda estaba a la caza de este tipo de buenas obras clericales).

<sup>108</sup> *Ibid.*, 14 y 23 de abril de 1909. El motín contra las autoridades empezó cuando el jefe político, que había prohibido se hiciera una procesión religiosa, detuvo al cura y a su congregación cuando éstos salían del pueblo cargando una

teocracia localista (que, como sugieren estos ejemplos, se extendía por el norte y el centro de México). El cura tenía el apoyo del pueblo no sólo por su oficio sino también por su carácter. En sus labores pastorales y litúrgicas, propugnaba valores y obtenía adhesiones que podrían ir en contra de los preceptos del Estado. Gracias a la política de Díaz de conciliación entre el Estado y la Iglesia, el choque se notó menos en la primera década del siglo de lo que se hubiera notado en 1860 o en 1920; pero siempre había el riesgo de un choque entre los caciques eclesiásticos y los seculares, en el cual los curas podían alentar, organizar y articular la oposición local. La Iglesia ofrecía “diversión, información y educación”; necesariamente funcionaba como guía intelectual y política en los pueblos pequeños, en su mayor parte analfabetas, y con frecuencia indigentes.<sup>109</sup>

Mientras el cura católico tenía la posibilidad de usar todas las armas de la liturgia y del ritual, y hasta podía en ciertos casos —como por ejemplo en su lucha contra la Casa del Obrero Mundial— invocar la ira celestial y retirarle los sacramentos a su rebaño rebelde, su rival protestante no tenía esos recursos institucionales. Pero los pastores protestantes aparecen con regularidad en las filas de los rebeldes, sugiriendo una vez más que los sacerdotes de no importa cuál fe tienen un papel importante en la génesis de las revueltas. La correlación entre el protestantismo y la rebelión —que se ha estudiado, por ejemplo, en relación con África colonial— no debe descartarse como una conspiración revolucionaria o estadounidense.<sup>110</sup> Más bien podría decirse que el protestantismo representa la fachada religiosa del disentimiento político; puede repicar con el liberalismo progresista ilustrado, y también puede reflejar, desde un punto de vista más práctico, la tarea educativa de las iglesias protestantes y por ende la tendencia de las personas que buscan educarse y mejorar su situación, de convertirse al protestantismo a la vez que a la protesta política.<sup>111</sup> Hubo algunos revolucionarios norteros protestantes (entre ellos, Braulio Hernández, quizá el más destacado; no se ha corroborado el dato en este sentido de Samuel Inman acerca de Pascual Orozco); pero también aparecen pastores y conversos protestantes en la parte central de México, en el corazón del catolicismo.

imagen de Cristo, exhortándolos a que dijeran adónde se dirigían con ese “trozo de palo”. Para otros ejemplos, véanse Leticia Reina, *Las rebeliones campesinas en México, 1819-1906*, México, 1980, pp. 271-79; y Petición de Bachiniva (en la nota 106).

<sup>109</sup> Meyer, *The Cristero Rebellion*, cit., p. 187.

<sup>110</sup> *Ibid.*, pp. 26-27. Compárese con George Shepperson, “Nyasaland and the Millennium”, en Sylvia L. Thrupp (comp.), *Millennial Dreams in Action*, La Haya, 1962, pp. 144-59.

<sup>111</sup> Oscar Lewis, *Pedro Martínez*, Londres, 1969, pp. 237-48, 262-63; el misionero protestante estadounidense Samuel Guy Inman, de Piedras Negras, observó que varios miembros de su congregación se mostraban “sumamente interesados en la política”: Inman, “Apuntes de una gira...”, Archivo Inman, Biblioteca del Congreso, caja 11.

Por ejemplo, en Morelos, Trinidad Ruiz fue un zapatista importante. El Colegio Metodista de Puebla no sólo producía reclutas para la revolución, sino que publicaba manifiestos revolucionarios; José Rumbia resultó ser mentor de los agraristas tlaxcaltecas.<sup>112</sup> En la década de los años veinte, en El Rayo, Hidalgo,

la mayor parte de la población, incluso los miembros del comité agrarista, se unieron a un ranchero que a la vez era patrón y hacía poco se había convertido al protestantismo. No sólo se ganó el apoyo personal de estos campesinos, sino que convirtió a varios a su nueva religión.<sup>113</sup>

Parece entonces indiscutible que en estos casos la correlación entre las actividades políticas y la dirigencia religiosa —especialmente la dirigencia religiosa de tipo desviacionista— implicaban una forma de tutela intelectual, o, si se quiere, de “hegemonía ideológica”. El ranchero protestante de El Rayo no se ganó el apoyo de la gente simplemente por ser el patrón, y los pastores como Ruiz y Rumbia sólo contaban con sus recursos ideológicos e intelectuales para atraer reclutas. Por lo tanto, su autoridad se sustentaba en raíces ideológicas más que (o además de) en raíces de clase, regionales, o clientelistas.

Es más difícil fundamentar los casos de tutela intelectual cuando la dirigencia rebelde localista era laica y las bases de apoyo estaban vinculadas a estas alianzas alternativas. Sin embargo, pese al supuesto acostumbrado de la imbecilidad de los campesinos y de la indiferencia de éstos por las abstracciones ideológicas, se puede encontrar la contraparte del cura en el maestro, y como lo han demostrado Cockcroft y otros autores, el maestro insurgente fue una figura muy familiar en el panorama revolucionario.<sup>114</sup> Empero, no es de gran interés el maestro individual que se vio arrastrado por el remolino revolucionario; nos interesa más bien el maestro (especialmente el maestro rural) que sirve de guía y mentor en su comunidad, dándole a la rebelión campesina la dimensión intelectual que algunos le niegan, y que otros quieren reservar como prerrogativa del “partido de vanguardia”. No nos interesan, por tanto, los revolucionarios independientes, desarraigados, como Luis Monzón, David Berlanga ni Calles, sino los activistas locales como Alberto Carrera Torres o Cándido Navarro, que respectivamente encabezaron importantes rebeliones rurales en la Huasteca y en Guanajuato.<sup>115</sup>

<sup>112</sup> *Ibid.*, y E. Westrup a Inman, febrero 22 de 1906; W. Llewelyn a G. Wickersham, febrero 10 de 1912, S.D. 812.00/2873 sobre Hernández; Womack, *Zapata*, cit., p. 87; Raymond Th. J. Buve, “Peasant Movements, Caudillos and Land Reform during the Revolution (1910-1917) in Tlaxcala, Mexico”, en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, XVIII, 1975, pp. 126, 130.

<sup>113</sup> Frans J. Schryer, *The Rancheros of Pisaflores. The History of a Peasant Bourgeoisie in Twentieth Century Mexico*, Toronto, 1980, p. 82.

<sup>114</sup> James D. Cockcroft, “El maestro de primaria en la Revolución Mexicana”, en *Historia Mexicana*, LXIV, 1967, pp. 565-87.

<sup>115</sup> *Ibid.*, sobre Carrera Torres; Glenn, Guanajuato, 16 de mayo de 1911, S.D.

Es evidente que algunos maestros, como algunos sacerdotes, ocuparon posiciones centrales, de alta estima, en las comunidades rurales: alimentaron el fuerte deseo de los pobladores de educarse (como tal, al maestro se le atribuían poderes y conocimientos comparables con los del cura, el otro símbolo de la instrucción); los maestros también podían hacer otras cosas: curaban, escribían cartas, tomaban fotografías, hasta reparaban relojes.<sup>116</sup> El maestro rural no era un intelectual despegado, indiferente. Era además (y de esto hablaré más adelante), el símbolo de la tradición liberal. Dadas estas precondiciones, los maestros tuvieron un papel importante en las rebeliones locales, rurales. Participaron en Tlaxcala, donde se sabe que convencieron a los más destacados dirigentes campesinos para que se unieran a la revolución.<sup>117</sup> En Morelos, Pablo Torres Burgón, el tinterillo en cuya casa se planeó el levantamiento zapatista, “a menudo ayudaba a los rancheros del pueblo con cuestiones legales sencillas: sabían que era un hombre de buen corazón y le tenían confianza”; por lo tanto, aunque no había duda alguna de que Zapata era el verdadero capitán de la rebelión, Torres Burgos tenía su lugar —“sabía cómo hablar”, y por eso lo comisionaron para leer el Plan de San Luis en Ayala.<sup>118</sup> Los morelenses Luciano Cabrera y Otilio Montañón también fueron intelectuales de este tipo.<sup>119</sup>

Otros maestros menos conocidos también tuvieron su parte en la Revolución: David Aguilar, por ejemplo, maestro en Jayacatlán, Oaxaca, y uno de los muchos maestros zapotecas de la región, encabezó a un grupo de rescate para salvar a once agraristas que iban rumbo a la cárcel después de atacar una hacienda cerca de Etlá. Por instancias de Aguilar, fueron sustituidos en la cárcel por el hacendado (un inglés furibundo).<sup>120</sup> También Veracruz tuvo a sus maestros revolucionarios: Gabriel Gavira, quien se había refugiado en Santa Ana Atzalán en los primeros días difíciles de la revolución maderista, recibió ayuda de “Jesús Jiménez, maestro de música del pueblo, quien con unos indios decididos ofreció ponerse a mis órdenes”.<sup>121</sup>

Según estos ejemplos, el maestro del pueblo también hacía las veces de abogado, y los abogados ocupaban el segundo lugar en los pueblos después del maestro en el papel del clásico intelectual laico pueblerino. Este tipo de abogado distaba mucho del abogado ciudadano —grupo muy aferrado al viejo régimen o, cuando mucho, simpatizante oportunamente

812.00/1948 sobre Navarro; los dos fueron maestros rurales y los dos se criaron en la fe católica.

<sup>116</sup> Frederick Starr, *In Indian Mexico: A Narrative of Travel and Labor*, Chicago, 1908, p. 305; Horcasitas, *De Porfirio Díaz a Zapata*, cit., p. 33; Lewis, *Pedro Martínez*, cit., pp. 190-91; Gadow, *Through Southern Mexico*, cit., pp. 114-15.

<sup>117</sup> Buve, “Peasant Movements”, cit., p. 126.

<sup>118</sup> Womack, *Zapata*, cit., pp. 29, 70, 75.

<sup>119</sup> *Ibid.*, pp. 29-30, 75, 398-399.

<sup>120</sup> Hohler, Ciudad de México, 18 de julio de 1911, F.O. 371/1148,30410; Gadow, *Through Southern Mexico*, cit., pp. 163, 211, sobre los maestros zapotecas.

<sup>121</sup> Gavira, *Su actuación*, cit., p. 28.

de la revolución a nivel nacional, como civil.<sup>122</sup> Unos peldaños más abajo se encontraba el abogado que, a pesar de su educación jurídica, prefería representar a la gente de los pueblos, a veces de su pueblo de origen. Hans Gadow habla de un muchacho listo de Oaxaca que estudió derecho en la ciudad de México y “ahora (1909) es un distinguido abogado en la capital con una gran clientela indígena” —prueba de que no se había cerrado el camino de Juárez para llegar a la fama.<sup>123</sup> Otros regresaron a sus pueblos cargados con sus nuevos conocimientos: Joaquín de la Cruz a Naranja; José Cardel a La Antigua, Veracruz; Felipe Carrillo Puerto a Notul.<sup>124</sup> Llegada la Revolución, los dirigentes ambulantes como Gavira fácilmente encontraban a pasantes de derecho para vigilar la restitución legal de las tierras a las comunidades desposeídas como Villa de Reyes, en San Luis Potosí.<sup>125</sup>

En el escalón inferior de la jerarquía se encontraban los abogados pueblerinos que carecían de educación formal, pero que conservaban su puesto (informal) en virtud de que tenían cierta instrucción (a juzgar por alguna de sus cartas, una instrucción relativa), buena reputación y conocimientos autodidactas del derecho, especialmente en relación con las leyes de propiedad. Lo que realmente les daba de comer a los abogados de los pueblos en todo el país durante el porfiriato, y lo que les dio fama en la revolución, fue el alud de pleitos y litigios por tierras. Severino Ceniceros representó a los indios ocuila de Cuencamé en su pleito con la Hacienda de Sombreretillo, y aunque Calixto Contreras fue el que los dirigió en su larga revuelta agraria después de 1910, Ceniceros es quien se destacó en la revolución de la Laguna.<sup>126</sup> En Ometepec, Guerrero, unos indígenas rebeldes retomaron unas tierras que antes habían sido de la comunidad, azuzados, se dijo, por “un tinterillo de mala ley y de mala fe”, un tal Liborio Reyna, y el comandante maderista que reprimió el levantamiento (y cuya familia había sufrido por causa del mismo), se refirió a esos “ladrones togados” que se aprovechan de las susceptibilidades del pueblo.<sup>127</sup> Sin embargo, Reyna no parece haberse aprovechado de la susceptibilidad de la gente, sino más bien se ocupó de darles consejos legales y de dirigirlos políticamente en un movimiento que tenía claras raíces agrarias. Lo mismo debe haber pasado con el juez indígena de Santa Fe, Guerrero, que

<sup>122</sup> Coen, Durango, 8 de julio de 1915, S.D. 812.00/15462, sobre la imposibilidad de encontrar a un buen abogado “adicto a la Revolución” que se hiciera cargo del juzgado federal en Durango.

<sup>123</sup> Gadow, *Trough Southern Mexico*, cit., p. 422.

<sup>124</sup> Friedrich, *Agrarian Revolt*, cit., pp. 52-56; Fowler, *Agrarian Radicalism*, cit., p. 154; Joseph, “Caciquismo and the Revolution”, cit., p. 208.

<sup>125</sup> Gavira, *Su actuación*, cit., pp. 136-37.

<sup>126</sup> Pazuengo, *Historia de la Revolución en Durango*, cit., p. 7.

<sup>127</sup> Archivo Robles Domínguez, 12/22,2935; 27/2-210.

apresó al único terrateniente que quedaba en “este pequeño distrito azucarero” —pues a los otros los habían corrido, expropiado o matado.<sup>128</sup>

Finalmente, hubo muchos otros dirigentes desconocidos que, con o sin conocimientos de derecho, se hacían de fama por ser los voceros de los agravios colectivos, enfrentándose con las autoridades y con los terratenientes, y ejerciendo alguna forma de control intelectual en la protesta campesina. Hubo algunos como el viejo Isidro de Ixcotla, Tlaxcala, que se sabía de memoria todos los linderos de las tierras de la localidad, y a quien buscaban para resolver pleitos de tierras; hubo los “cabsiyas [*sic*] del pueblo” como Juan Martínez de Huejanapan, Puebla, que vivían en peligro porque les habían encomendado el cuidado de todos los títulos de propiedad del pueblo “para que no se los fueran a robar los caciques”.<sup>129</sup> En Bachiniva, Heliodoro Olea, ranchero él mismo, defendió al pueblo contra los caciques y otros rancheros locales que tenían monopolizada la tierra y el gobierno local; lo tenían por hombre muy educado (había publicado un libro), y había sido magistrado y más tarde presidente municipal, con un breve paréntesis en la cárcel por sus actividades políticas.<sup>130</sup> Aunque varios factores sociales y políticos contribuyeron a que Bachiniva fuera un pueblo revolucionario en 1910, no se puede dudar que la obra de Olea como precursor a nivel local fue un elemento decisivo.

Quizá una veintena de años atrás Manuel Chávez —el inteligente y ecuaníme hermano de Cruz Chávez, a quien buscaban los peones para que los aconsejara— había desempeñado el mismo papel en la génesis de la rebelión de Tomochi.<sup>131</sup>

Esta clase de resistencia no se limitaba a los pueblos, aunque tenía más posibilidades de éxito allí que en otras partes del país. Por ejemplo, en Zacatecas, en la hacienda del Refugio, le salió caro al padre de Zacarías Escobedo, incitar a la rebelión:

mi padre [...] era algo listo, no tenía educación, pero sabía cómo arreglárselas [...] sabía cómo hablar y les dijo [a los peones] que teníamos que ver cómo se podían componer las cosas para todos en el rancho; les pidió que nos dieran tierra para cultivar [...] Así él y otros dieron a conocer sus ideales, que querían más libertad, y los corrieron de la hacienda, les dijeron váyanse, aquí no hay trabajo para ustedes.<sup>132</sup>

<sup>128</sup> I. Mathewson, Santa Fe, Guerrero, a J. P. Hallihan, 26 de febrero de 1912, S.D. 812.00/3478.

<sup>129</sup> Starr, *In Indian Mexico*, cit., p. 193; Juan Martínez a Madero, 1º de septiembre de 1911, Archivo Madero, rollo 19.

<sup>130</sup> Márquez Camarena, entrevista, PHO 1/113; Olea a Terrazas, agosto 28, 1899, agosto 18, 1903, febrero 15, 1904, Archivo Terrazas, caja 26.

<sup>131</sup> Francisco R. Almada, *La Rebelión de Tomochi*, cit., Chihuahua, 1938, p. 39.

<sup>132</sup> Zacarías Escobedo Girón, entrevistado por Ximena Sepúlveda Otaiza, 1973, INAH, PHO 1/129.

Algunos de esos dirigentes se pudieron quedar en sus lugares y, a medida que la revolución le quitaba fuerza a los terratenientes, poco a poco fueron encontrando formas más efectivas de representar a los campesinos, a los peones: con violencia, por medio de organización política, a través de sindicatos. Así fue como Primo Tapia —“muy indio pero muy listo”— se hizo dirigente en Naranja; así sucedió con la formidable doña Lola, de Atencingo, y con Úrsulo Galván y Manuel Almanza de Huatusco, originalmente gente del campo, que regresaron al agrarismo después de haber pasado una temporada importante de formación en el ejército revolucionario y en los sindicatos de las ciudades.<sup>133</sup>

El refinamiento progresivo de los intelectuales pueblerinos en los años 20 fue muy importante (volveré a este punto en mis conclusiones); pero no hay que pensar que sus antecesores en el porfiriato y en la revolución fueron tontos. Es cierto que muchos fueron autodidactas, y su ideología a menudo era simple y casi nunca sistematizada. Poco interés tenían en el anarco-sindicalismo mal articulado que circulaba entre los grupos de las clases trabajadoras —muy pequeños grupos, que a menudo se centran alrededor de políticos burgueses y generales manipuladores.<sup>134</sup> Más bien ofendía a las susceptibilidades campesinas el anticlericalismo violento (con su correspondiente austeridad) que le había dado cierto denominador común a los constitucionalistas, y esto más que un puente, producía un abismo entre la ciudad revolucionaria y el campo revolucionario. Aunque se dio algo de polinización ideológica —al trasladarse a Morelos algunos voceros de la Casa, y más, al pasarse al campo carrancista algunos auténticos agraristas— en general el campo y la ciudad tenían una ideología diferente, al menos en la etapa de la revuelta armada.<sup>135</sup>

Es difícil pormenorizar el repertorio ideológico y los símbolos de los intelectuales de pueblo en la revuelta rural, excepción hecha de las versiones católicas que arriba expuse. Los sacerdotes —católicos o protestantes— tenían sus creencias y además tenían sus símbolos emotivos y sus ritos: los sacramentos y las misas, los santos del pueblo y del barrio, la panoplia del ritual religioso, las advertencias que aparecían en los retablos de la iglesia, y sobre todo, el púlpito y el confesionario, que para muchos —y no sólo para los comecuras revolucionarios— eran poderosos centros de difusión, no sólo de ideología religiosa, sino también de ideas políticas.<sup>136</sup>

¿Qué podía ofrecer a cambio el intelectual laico del pueblo, el maestro, el abogado, el tribuno por cuenta propia?, ¿con qué recursos ideológicos

<sup>133</sup> Friedrich, *Agrarian Revolt*, cit., pp. 72 ss.; David Ronfeldt, *Atencingo, The Politics of Agrarian Struggle in a Mexican Ejido*, Stanford, 1973, pp. 12-49; Fowler, *Agrarian Radicalism*, cit., p. 30. Véanse también mis conclusiones en este ensayo.

<sup>134</sup> Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, México, 1976, t. 1.

<sup>135</sup> Esta diferencia se borró con el tiempo, como se verá más adelante.

<sup>136</sup> Vera Estañol, *La Revolución Mexicana*, cit., p. 247.

o institucionales podía contar? Primero, a diferencia de los doctrinarios anticlericales ciudadanos, recurrían a la oratoria católica cuando les convenía. Se dice que en 1891, Cruz Chávez manifestó que el pueblo de Tomochi “defendía el pabellón de la Virgen y la religión de Dios, y que por este motivo, de allí en adelante repudiaban a la autoridad [local]; lo mismo que a toda autoridad que no emanara del pabellón de la Virgen”.<sup>137</sup> Veinte años después el Plan de Ayala del zapatismo —redactado, dice Womack, en un estilo que le debe haber “provocado náusea o risa a los anarcosindicalistas”— se refería a la Revolución “gloriosamente iniciada con la ayuda de Dios y del pueblo”.<sup>138</sup> Y aún más tarde, cuando el anticlericalismo penetraba al movimiento agrario, principalmente como resultado de la polinización arriba mencionada, a los dirigentes populares les convenía seguir usando la retórica y los símbolos católicos para sus propios fines: Primo Tapia, por ejemplo, hablaba de la Biblia en sus arengas, y en Yucatán, Carrillo Puerto pretendía “trabajar dentro de la tradición [popular católica] sustituyendo simplemente los nuevos símbolos gráficos del socialismo por lo viejos y desgastados símbolos católicos”. Este extraño sincretismo político-religioso tuvo su culminación en Tabasco con Garrido Canabal.<sup>139</sup>

Pero si bien estos dogmatizadores subsiguientes se apropiaban del ritual y de la iconografía católicos, distorsionándolos y caricaturizándolos, los zapatistas lo hacían con reverencia y naturalidad; cosa común, dada la multiplicidad de representaciones de la Virgen de Guadalupe, en toda la rebelión popular campesina.<sup>140</sup> Es más, esta religiosidad sencilla campesina, reprochable según los discípulos de Ferrer, coexistía tranquilamente con una forma tradicional campestre de liberalismo, que se remontaba a la época de los héroes de la Reforma (que aunque expropiaron las propiedades de la Iglesia nunca soñaron en extirpar al catolicismo, como pretendieron hacerlo algunos nuevos dogmatizadores post-revolucionarios). Por lo tanto, el liberalismo tradicional —nostálgico, patriota, sentimental— ligado y no en conflicto con el catolicismo, le servía de base ideológica a los intelectuales laicos de los pueblos, y por extensión, también les servía a sus seguidores.

Algunos maestros como Montaña difundían la versión de la historia de los libros de texto porfiristas, contrastando las viejas hazañas con la decadencia política del momento; “si Hidalgo o Juárez se salieran de su tumba y vieran la terrible esclavitud en que viven sus hijos” decía un viejo

<sup>137</sup> Compárese con Almada, *La rebelión de Tomochi*, cit., pp. 41, 62.

<sup>138</sup> Womack, *Zapata*, cit., pp. 398, 401.

<sup>139</sup> Friedrich, *Agrarian Revolt*, cit., pp. 65; Joseph, “Caciquismo and the Revolution”, cit., p. 216, y del mismo autor, “Revolution from Without: the Mexican Revolution in Yucatan, 1915-1924”, Universidad de Yale, tesis de doctorado, 1978, p. 317; Carlos Martínez Assad, *El laboratorio de la Revolución, el Tabasco garridista*, México, 1979, pp. 46 y ss.

<sup>140</sup> Knight, “Peasant and Caudillo”, cit., pp. 48, 267 (nota 123).

liberal, “se regresarían indignados a la tumba”, y para individuos como éste, “entre más extravagantes los científicos, más grandes se ven los héroes tradicionales”.<sup>141</sup> Los discursos de la revolución popular estaban plétóricos de referencias a la tradición liberal, encubierta de sentimientos patrióticos —aunque no nacionalistas.<sup>142</sup> Francisco Figueroa, intelectual revolucionario de Huitzucó, se destacaba porque había escrito una biografía de Juárez; pero muchos dirigentes menos preparados (y aun algunos de sus seguidores) metían referencias a Juárez, Lerdo, o Morelos en todos sus pronunciamientos y conversaciones, invocando el “código inmortal del 57”, o la “sangre revolucionaria de Ayutla”, repitiendo el clásico lema liberal “el respeto al derecho ajeno es la paz”.<sup>143</sup> Tomaban muy en serio sus principios liberales y patrióticos: cuando los rebeldes de Sinaloa capturaron al viejo general Higinio Aguilar en 1911, Juan Bandejas ordenó que lo pusieran en libertad porque había sido “corneta a las órdenes del general Zaragoza en la batalla de Puebla [. . .] y por lo tanto [era] un héroe de la patria, digno de todo respeto”.<sup>144</sup>

Esta forma de lealtad ideológica —combinada con otros factores, económicos, clientelistas y regionales— era la base de la perdurable afiliación liberal de muchos grupos de la sociedad mexicana: de comunidades como Cuchillo Parado en la frontera norte, o Mixquiahuala de Juárez en el Valle del Mezquital, Hidalgo; de familias como de los Zapata, los Sánchez Magallanes de Tabasco, los Salazar de Casas Grandes, los famosos jacobinos de Los Altos, y evidente y significativamente, de profesionales, maestros —muchos de ellos “bien versados en la teoría liberal y jacobina”, como Esteban Baca Calderón— a quienes siempre buscaba Gabriel Gavira, dondequiera que lo llevara su odisea por la faz de México, seguro de que le darían buenos consejos, ayuda y atenciones.<sup>145</sup> Gavira no era ningún tonto. El cura sería el centro de una tradición intelectual, pero el maestro y la

<sup>141</sup> Womack, *Zapata, cit.*, pp. 399; González a Flores Magón (en la nota núm. 50 de este trabajo).

<sup>142</sup> Aunque aquí no se puede entrar en detalle, distingo entre el patriotismo político del siglo XIX, y el nacionalismo más agresivo del XX, que se caracteriza por su estatismo, anticlericalismo y, sobre todo, por su importante dimensión económica.

<sup>143</sup> Jacobs, “Rancheros of Guerrero”, *cit.*, p. 81; Womack, *Zapata, cit.*, pp. 401; Manuel González Calzada, *Historia de la Revolución en Tabasco*, México, 1972, pp. 73-74; John Reed, *Insurgent Mexico*, Nueva York, 1969, p. 66.

<sup>144</sup> Héctor Olea, *Breve Historia de la Revolución en Sinaloa*, México, 1964, p. 35.

<sup>145</sup> Alberto Morales Jiménez, *Hombres de la Revolución Mexicana: 50 semblanzas biográficas*, México, 1960, p. 178; Lucio Mendieta y Núñez, *Efectos sociales de la Reforma Agraria en tres comunidades ejidales de la República Mexicana*, México, 1960, p. 134; Leonardo Pasquel, *La generación liberal veracruzana*, Veracruz, 1972, pp. 321-22; y Lespinasso, *Frontera*, 8 de abril de 1911, S.D. 812.00/1405; José Rentería, jefe político, Distrito de Rayón (Chihuahua) al Gobernador Sánchez, marzo 15 de 1907; Archivo Terrazas, caja 28; Aguilar, “The Relevant Tradition: Sonoran Leaders in the Revolution”, en Brading, *Caudillo and Peasant, cit.*, p. 118; Gavira, *Su actuación, cit.*, pp. 134, 136, 144.

escuela eran el símbolo de otra. La escuela era, para algunos, “el templo de la más alta trascendencia nacional”. La frase no viene de los escritos de algún gran intelectual nacional, porfirista o revolucionario, sino de una petición hecha por gente humilde del pueblo de Amecameca, que protestaban en 1913 porque el ejército estaba usando la escuela como cuartel.<sup>146</sup>

Los abogados de pueblo también tenían sus símbolos de oficio: en su mayor parte, títulos de propiedades en litigio que les dejaban a su cargo, y que cuidaban casi con veneración.<sup>147</sup> La custodia de esos documentos importantes, un tanto deshilachados, por parte de los tinterillos, era una forma de preservar la historia de la comunidad. “La historia no formaba parte, o casi no formaba parte de la cultura de Montailou”, dice Le Roy Ladurie; pero no se podía decir lo mismo de las comunidades indígenas de México en el porfiriato y en la revolución. Las peticiones que dirigía el pueblo a las autoridades políticas casi siempre venían con un largo preámbulo histórico para justificar el caso: cuando el pueblo de Ixtepeji, Oaxaca, se dirigió a Madero en junio de 1911, se hizo referencia a su participación en las revueltas de La Noria y de Tuxtepec, repasando en detalle y con pasión, los pecados de los caciques Hernández y Meixueiro, padres de los caciques de la sierra en 1911.<sup>148</sup> Es evidente que los intelectuales del pueblo tenían que recordar esos hechos históricos, así como los linderos tradicionales de las propiedades del pueblo.

Para reforzar su posición e inculcar su ideología liberal/patriótica, los intelectuales laicos tenían sus días festivos y ceremonias en competencia con los de la Iglesia: en especial, el 5 de mayo y los días 15 y 16 de septiembre, cuando la banda tocaba en el zócalo, había discursos patrióticos, fuegos artificiales, y los niños del lugar le cantaban el saludo a la bandera.<sup>149</sup> Es interesante observar que durante las campañas de Madero en los inicios de la revolución (abril y mayo de 1911), estos ritos familiares muchas veces precedían a la caída de las autoridades porfirianas, que enseguida eran sustituidas por aspirantes maderistas —por lo regular con el maestro local o el perenne jefe de la oposición (abogado/intelectual local) desempeñando un papel principal. De nuevo (como en Atlacomulco, México), tocaba la banda, se izaba la bandera, se hacían discursos desde el monumento a Hidalgo y se daba rienda suelta al entusiasmo; con la diferencia principal de que el retrato de Díaz se retiraba de las oficinas del ayuntamiento y los fuertes “vivas” eran ahora para “Madero y Libertad”.<sup>150</sup> En años posteriores, los dirigentes revolucionarios aprovecharon

<sup>146</sup> Petición de Amecameca, junio de 1913, Gobernación, 62/51.

<sup>147</sup> Womack, *Zapata, cit.*, pp. 371-72, 381-82; Gadow, *Through Southern Mexico, cit.*, p. 172; Óscar Lewis, *Life in a Mexican Village: Tepoztlan Restudied*, Urbana, 1963, pp. 114-15.

<sup>148</sup> Le Roy Ladurie, *Montailou, cit.*, p. 281; petición de unos “pobres labradores” a Madero, junio 16, 1911, Archivo Madero, rollo 20.

<sup>149</sup> Horcasitas, *De Porfirio Díaz a Zapata, cit.*, pp. 85, 93, 95-99.

<sup>150</sup> Marcos López Jiménez a Madero, 24 y 30 de junio de 1911, gobernación 898.

el aniversario de la Independencia para demostrar su patriotismo, para cambiar los nombres religiosos de las calles por nombres seculares (cosa bastante frecuente en esos días) y para premiar a los maestros y artesanos destacados, así como para dinamitar las mojoneras de algunos latifundios.<sup>151</sup>

En una sociedad básicamente analfabeta, el intelectual del pueblo salía a relucir en estos eventos públicos que tenían lugar con regularidad en los aniversarios nacionales (que irían aumentando a consecuencia de la revolución), y reforzaba su identificación con las tradiciones liberales patrióticas. Otilio Montaña y Braulio Hernández, por ejemplo, que pronto serían capitanes intelectuales de la revolución, tomaron parte en las celebraciones del Centenario de 1910. Ambos, con sus seguidores, se daban cuenta del contraste entre la ideología oficial y la práctica oficial; por ello hasta el Centenario —que debía representar la reivindicación triunfal del régimen— servía de plataforma para la protesta popular de la provincia contra las autoridades.<sup>152</sup> Pero sucediera o no lo anterior, era en esos momentos de conmemoración nacional —especialmente cuando el eco del Grito salía del zócalo de la ciudad de México para repiquear en todos los pueblos de la provincia— cuando el intelectual laico se ubicaba en su lugar y el kiosko del pueblo se convertía en el púlpito laico de la comunidad.

Ramón Puente resume el carácter y la función de este desatendido estrato social en términos hábiles aunque un tanto avispados. Describe a:

los que hacen comentarios sobre la prensa de la ciudad y opinan sobre la política del país, los que tienen a su cargo los discursos en las bodas, bautizmos y funerales distinguidos; los que con sus corazones inflamados de devoción por nuestros héroes y mártires, ocupan la tribuna cada 15 de septiembre, galvanizando a las multitudes rústicas; los que [...] son los eternos candidatos para las secretarías de jefatura del pueblo, o para cualquier otra secretaría.<sup>153</sup>

Con la revolución abundaban las secretarías, en las recién constituidas presidencias municipales, o al lado de algún cabecilla. A medida que se extendía la revolución popular, el intelectual del pueblo, “el mago de la palabra”,<sup>154</sup> avezado en los ritos y en la ideología liberal, necesariamente desempeñó un papel importante en la revolución a cierto nivel, en la articulación, dirección, y cohesión de los programas, llenando así un vacío ideológico creado por la ausencia y por la impotencia de los “grandes” intelectuales de las ciudades.

<sup>151</sup> Gavira, *Su actuación*, cit., pp. 142-44.

<sup>152</sup> *El Correo de Chihuahua*, 15 y 18 de septiembre de 1910.

<sup>153</sup> Ramón Puente, *Pascual Orozco y la Revuelta en Chihuahua*, México, 1912, p. 49.

<sup>154</sup> Cosío Villegas, “Politics and the Mexican Intellectual”, cit., p. 31.

## V

Pero esto sólo ocurrió a medida que se extendía la revolución y se diluía el poder central, difundándose de las ciudades y centros militares a los pueblos, las sierras y las zonas rurales. Los sucesos militares podían cambiar el flujo. Los triunfos de 1911 y de 1915, y la dictadura contrarrevolucionaria de 1913 intentaron devolverle el poder al centro por encima de un engranaje de pequeñas revueltas locales. Para la dirigencia revolucionaria (primero la maderista y luego la carrancista) prevalecía una división del trabajo revolucionario: que lucharan los campesinos —en 1910-1911, y otra vez en 1913-1915— pero gobernar era la prerrogativa de las clases educadas. Madero pensaba que el “elemento intelectual” y no las “masas analfabetas” era el que debía gobernar en México; él quería licenciados, y no carpinteros, en los gobiernos de la Federación.<sup>155</sup> Carranza, decían sus enemigos, era presidenciable; Zapata no. El propio Carranza hubiera estado de acuerdo con esto, pues le encantaba señalarle su falta de instrucción a sus subalternos analfabetas o semiinstruidos.<sup>156</sup>

Ellos, a su vez, se sentían molestos por esta situación, ya que muchos recordaban los sucesos de 1911 cuando el Tratado de Ciudad Juárez había detenido la revolución popular (para el disgusto de cabecillas triunfadores como Orozco),<sup>157</sup> y salieron los licenciados de su refugio ciudadano para reclamar su herencia política y engrandecerse a la sombra de los nuevos patrones, llevándose los mejores puestos —secretarías de estado, gubernaturas, jefaturas— mientras que los auténticos capitanes de la revolución se quedaban con las sobras, como comisiones sin importancia con los rurales. Por eso, a medida que los respetables maderistas (o peor aún, los respetables porfiristas) formalmente tomaban el poder, los revolucionarios agraviados tomaban de nuevo las armas, enfrentándose con el régimen maderista en una serie de rebeliones entre las que la de Orozco y la de Zapata fueron las más serias.

La segunda etapa de guerra civil (1913-1914) se caracterizó por una tendencia semejante, pero cambiante. Cuando el golpe de Huerta le puso fin al experimento liberal de Madero, la iniciativa volvió a pasar a manos de los cabecillas rurales, sus fuerzas campesinas, y sus respectivos caciques intelectuales. A partir de entonces, mientras Carranza y los sonorenses dirigían una revolución ordenada, semiprofesional, enfocada principalmente a defender las limitadas ganancias políticas contra la intransigencia de Huerta, los demás revolucionarios constitucionalistas (y eran la mayor parte) se encontraban descentralizados, fragmentados, y capitaneados por cabecillas populares del estilo del Demetrio Rojas de Azuela: Julián Medina (fue el modelo de Rojas), Juan Carrasco, Juan Banderas,

<sup>155</sup> Córdova, *La ideología*, cit., p. 112; Gavira, *Su actuación*, cit., p. 58.

<sup>156</sup> Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, 1958, p. 57; Manuel Calero, *Un decenio de política mexicana*, Nueva York, 1920, p. 145.

<sup>157</sup> Pedro Sandoval a E. Vázquez Gómez, 26 de julio de 1911, Gobernación 898.

Julián Blanco, los Herrera, los Cedillo, los Arrieta, Calixto Contreras, Pánfilo Natera, Jesús Salgado y, por supuesto, Villa y Zapata.

Nuevamente sufrió México una "traición del clero" a gran escala. Casi todos los maderistas respetables le hacían caravanas a Huerta. Quizá Carranza no, porque no tuvo oportunidad de hacerlo. Los liberales pensantes, educados, de la ciudad aceptaron la dictadura militar. Los gobernadores estatales como Manuel Mestre Ghigliazzi de Tabasco —un serio joven maderista y poeta lírico, que poco antes había jurado su lealtad inquebrantable a la causa constitucional— humildemente le telegrafieron a Huerta su adhesión.<sup>158</sup> Hicieron otro tanto Cepeda en San Luis, Leyva en Morelos, Riveros en Sinaloa, Silva en Michoacán, Castillo Brito en Campeche, Pérez Rivera en Veracruz. El Bloque Renovador de la XXVI Legislatura, la élite intelectual del maderismo, se dedicó a la prevaricación y a la discusión, y sólo más tarde, cuando ya tomaba impulso la revolución constitucionalista, se dirigieron al norte algunos de sus miembros, adonde los recibieron con poco entusiasmo en el campo carrancista sonoreense. Es evidente que sólo una parte de la intelectualidad del maderismo se reintegró a la revolución constitucionalista. Algunos de los intelectuales clásicos urbanos se alejaron totalmente de la política;<sup>159</sup> otros, despreciados por los carrancistas, coquetearon con Villa; algunos, como Jesús Flores Magón y Toribio Esquivel Obregón, empujados por su antipatía hacia la revolución popular, se pusieron al servicio de Huerta.

De esta manera, en parte por decisión propia, y en parte porque las circunstancias así lo dictaron, los constitucionalistas evitaron repetir el error más grande de Madero, es decir, prescindir de los más auténticos dirigentes populares, o despreciarlos, o perder su apoyo. Los sagaces pragmáticos sonorenses percibieron la necesidad de tener una base popular político-militar y en tanto no la pudieran generar con trinquetes, sobornos, o apelando al pueblo, estaban dispuestos a dejar que los cabecillas locales colonizaran el movimiento revolucionario en un medida inaceptable en el régimen de Madero. Así fue como los Arrieta llegaron a dominar en Durango; Luis Gutiérrez, apoyando a Carranza en contra de su hermano, en el noreste; Máximo Rojas de Tlaxcala —todos ellos allegados tardíos a la coalición de Carranza. De hecho, el triunfo del carrancismo primero contra Huerta, y luego contra Villa, se debió a esta combinación de dirigencia pragmática, nacionalista y político-militar populista: una "síntesis nacional" que podía tomar y conservar el poder.<sup>160</sup>

Sin embargo, esa síntesis presentaba un problema, especialmente una vez que triunfó el constitucionalismo, se derrotó a Villa, y la reconstruc-

<sup>158</sup> Manuel Mestre Ghigliazzi a Pino Suárez, 8 de mayo de 1912; *idem*, a Gobernación, 15 de febrero de 1913, en Fabela, *Documentos históricos de la Revolución mexicana: revolución y régimen maderista*, III, México, 1965, p. 366; *Revolución y régimen constitucionalista*, IV, p. 51.

<sup>159</sup> Krauze, *Caudillos culturales*, *cit.*, pp. 59-60.

<sup>160</sup> Knight, "Peasant and Caudillo", *cit.*, pp. 49-58.

ción/normalización estaban nuevamente en la agenda, como en 1911. Para los carrancistas más instruidos, respetables, esto significaba que había que regresar rápidamente a la vida y al gobierno civil, ordenado —gobernar con licenciados— dando de baja el ejército. La victoria se debía, decía *El Demócrata* en 1916, a una alianza de “los que pensaron y los que actuaron, los apóstoles y los guerreros”; pero “terminada ya la acción, se necesitan personas que puedan conjuntar y vigorizar las ideas sobre una base sólida”.<sup>161</sup> O bien, como lo expresó un año más tarde Vicente Lombardo Toledano, uno de los recientemente surgidos intelectuales revolucionarios: “el patriotismo que ahora se necesita no es el de los valientes, sino el de los sabios, para que nos guíen, nos eduquen, y nos muestren los caminos que nos tiene deparados la vida”.<sup>162</sup> Cortésmente se les estaba indicando la puerta a los militares, como en 1911. Pero ahora los militares tenían paladines poderosos, como Obregón o Benjamín Hill, y no pensaban cederle el paso a petimetres civiles oportunistas.<sup>163</sup> Y es aquí donde se vuelve más evidente el “antiintelectualismo” de la revolución, como lo percibió Cosío Villegas.<sup>164</sup>

El intento de los intelectuales/civiles de retomar su lugar, y la fuerte resistencia que provocó en los militares (evidenciada en la ciudad de México y en Aguascalientes en 1914, y nuevamente en Querétaro en 1916-1917) produjo una división fundamental entre los civiles y los militares en el movimiento constitucionalista, división que suele atribuirse erróneamente a diferencias ideológicas de base. Pero en esencia, el choque no fue de principios ni de clases, sino de castas.<sup>165</sup> Y naturalmente, Palavicini fulminaba contra los militares en las páginas de *El Universal* (cuando éstos se lo permitían); Nieto se lamentaba de que el gobierno no pudiera controlar a sus generales pendencieros, y en la Convención Constitucional se desgarraban unos a otros los civiles y los militares.<sup>166</sup> Finalmente, en 1910 Carranza perdió el poder y perdió la vida en un vano intento de asegurar la sucesión civil, al tratar de bloquear a Obregón a favor del exalumno de MIT, “Meester” Bonillas.

Los militares ganaron en 1920. Se conservaron el presupuesto militar, los trinquetes militares y el poder político-militar. Pero con el tiempo, ésta resultó ser una victoria pírrica, porque paradójicamente, la única forma de domeñar, profesionalizar, debilitar y, alegóricamente hablando, confinar en el cuartel al ejército revolucionario, fue mediante un período de transición de supremacía militar. Como se sabe, esto lo lograron Obre-

<sup>161</sup> *El Demócrata*, 3 de noviembre de 1916.

<sup>162</sup> Krauze, *Caudillos culturales*, cit., pp. 86.

<sup>163</sup> F. Barrera Fuentes, introducción a *Crónicas y debates en las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, México, 1964, t. 1, pp. 37, 73.

<sup>164</sup> Cosío Villegas, “Politics and the Mexican Intellectual”, cit., p. 30.

<sup>165</sup> C. B. Parker, Querétaro, 6 de diciembre de 1916, 11 de enero de 1917. S.D. 812.00/20033, 20258.

<sup>166</sup> Thurstan, Ciudad de México, 16 de abril de 1917; Body, Ciudad de México, 7 de diciembre de 1917; F.O. 371/2960,96568; /2964,236721.

gón, Calles y Amaro durante los años veinte. La década que empezó con la matanza de Tlaxcalantongo terminó con la creación del PNR en Querétaro.

## VI

A medida que retrocedían los militares —orillados y persuadidos por sus viejos paladines, Obregón y Amaro—, empezaron a resurgir los intelectuales civiles y nacionales. La institucionalización de la revolución necesitó de sus talentos, de personas como Moisés Sáenz, Puig Casauranc y Vasconcelos en educación, Pani y Montes de Oca en las finanzas. También en los estados, los gobernadores rústicos de la revolución, Domingo Arrieta en Durango, Luis Gutiérrez en Coahuila, Carlos Greene en Tabasco, le empezaron a ceder sus lugares a los ideólogos educados: Zuno (Jalisco), Portes Gil (Tamaulipas), Tejeda (Veracruz), Garrido Canabal (Tabasco).<sup>167</sup> Con el paso de los años se hizo evidente que el prestigio y la popularidad de los campos de batalla ya no eran un pasaporte para llegar a los altos puestos: ahora se necesitaban los títulos profesionales y la experiencia; la Universidad se convirtió en el trampolín para entrar en la política nacional.<sup>168</sup> Simbólicamente, Luis Cervantes se dio de baja en la revolución, y usó sus ganancias mal habidas para obtener un título universitario en los Estados Unidos.

Los auténticos veteranos sobrevivientes (y sufrieron un altísimo índice de mortalidad no sólo durante la revolución sino también después, durante las revueltas de los años veinte) o cayeron en el olvido, como los Arrieta, o permanecieron en un estado de molesta ambivalencia, defendiendo enclaves de populismo tradicional contra el Estado revolucionario absorbente, destructivo, como Saturnino Cedillo hasta que se vio forzado a tomar una decisión final, fatal, en 1938.<sup>169</sup> Mientras tanto, la nueva élite nacional, incluyendo su creciente número de intelectuales, recordando la amarga experiencia del período 1910-1920, decidió mejorar el inconcluso programa de desarrollo del porfiriato. Se seguiría por el camino del capitalismo, se estimularía la producción de mercado, la industrialización y la proletarización, dentro de ciertos límites, pero sin descuidar la infraestructura social, como fue el caso de don Porfirio, para su desgracia.<sup>170</sup> Se había

<sup>167</sup> Compárese con Fowler, *Agrarian Radicalism*, cit., pp. 74-75, 113-14, quien parece refutar a Tejeda en su pretensión de ser un "líder orgánico" del campesinado. Yo prefiero la división entre los viejos y los nuevos caudillos que hace Dudley Ankeron, "Saturnino Cedillo, a Traditional Caudillo in San Luis Potosí, 1890-1938", en Brading, *Caudillo and Peasant*, cit., pp. 140-141. En el mismo tomo, Jacobs, "Rancheros of Guerrero", pp. 90-91, explica la forma en que la familia Figueroa atraviesa por las dos etapas.

<sup>168</sup> Krauze, *Caudillos culturales*, cit., pp. 98, 105-106.

<sup>169</sup> Ankeron, "Saturnino Cedillo", cit., pp. 159-68.

<sup>170</sup> William P. Glade, Jr., "Revolution and Economic Development: a Mexican Reprise" en William P. Glade, Jr. y Charles W. Anderson, *The Political Economy of Mexico*, Madison, 1968, p. 18.

creado una nación, se había forjado una patria. ¿Pero cómo? Por un tiempo, el Estado revolucionario podía contar con el agotamiento, el desgaste causado por la guerra, y la fuerza bruta para generar una legitimidad espuria: después de la derrota de Villa en 1915, Carranza y los constitucionalistas gobernaron como pudieron. Siempre tenían el recurso de la vieja fórmula de Díaz: pan o palo. Pero el nuevo Estado, que alimentaba a los hambrientos o apaleaba a los rebeldes, no se atrevía a descuidar el alma y la mente de sus ciudadanos como lo había hecho Díaz. El *Mexican Herald*, que no simpatizaba con la revolución, había advertido años atrás que el gobierno debería copiar al socialismo y no dejar que los peones quedaran a la merced de la propaganda anarquista,<sup>171</sup> o de otra manera se podría repetir la crisis de legitimidad de 1910.

La nueva élite revolucionaria estaba plenamente consciente de este problema. Para tener un gobierno estable y poner en marcha un buen programa de desarrollo económico se tenía que crear legitimidad (o llámese como se quiera, consenso, hegemonía ideológica, enajenamiento). Y, como se ha dicho, para esa tarea se requería una mayor participación de los intelectuales. Un ejemplo clásico fue cuando los constitucionalistas buscaron el apoyo de los trabajadores, no sólo por medio del pacto con la Casa del Obrero Mundial, sino más típicamente, a través de la subsiguiente lucha ideológica entre los constitucionalistas y el Departamento del Trabajo, por un lado, y la Casa del Obrero Mundial por el otro: lucha que tuvo lugar en las juntas de sindicatos, afuera de las fábricas, y en las calles de las principales ciudades de México.<sup>172</sup> La política del gobierno en este sentido se podía llevar a cabo en los centros urbanos, donde la propaganda tendía a ser más efectiva, y el proletariado más concentrado y receptivo. Pero ¿qué pasaba con el campo disperso, mudo, analfabeta, y con las multitudes de "pueblos reacios al progreso",<sup>173</sup> tan poco afectos al constitucionalismo, a los sonorenses, o al Estado revolucionario, que habían salido de la revolución ensangrentados pero no agachados, ya no sumisos como antes, y las viejas élites rurales muy debilitadas?<sup>174</sup>

En este sentido, el Estado se centró en la educación rural, que funcionaría al lado del programa de reforma agraria —la precavida, manipulativa reforma de los años veinte, la extensa (también manipulativa) reforma del cardenismo. En México como en Francia, el maestro rural sería el agente de vanguardia del Estado laico, la República única e indivisible: el paralelo lo señalaron revolucionarios que leían a Hugo o a Zolá.<sup>175</sup>

<sup>171</sup> *The Mexcan Herald*, 6 de marzo de 1913.

<sup>172</sup> Véanse, por ejemplo, los informes de Manuel Díaz y Daniel Galindo al Departamento de Trabajo, 22 de marzo-23 de julio de 1915, Trabajo, 31/2/1/13, 14.

<sup>173</sup> Una frase constitucionalista, cuyo origen no localizo de momento.

<sup>174</sup> Buve, "Pesant Movements", *cit.*, pp. 148-49; Lewis, *Life in a Mexican Village*, pp. xxvi, 51, 429-30.

<sup>175</sup> Martínez Assad, *El laboratorio de la Revolución*, *cit.*, p. 36.

En su papel de agente de vanguardia, el maestro rural podía luchar contra la ignorancia e indiferencia del campesino, el particularismo local, “la reacción”, y sobre todo, contra la hegemonía rival de la Iglesia. Fue previsto este papel durante la revolución, se proclamó en Querétaro, se llevó a cabo con Vasconcelos y Narciso Bassols.<sup>176</sup> Los burócratas de la educación se entusiasmaron con su causa trascendental, y el maestro rural entró a la brecha para luchar —a veces de verdad— contra los enemigos del Estado.<sup>177</sup>

En poco tiempo, hasta los candidatos presidenciales habrían de seguir el camino trazado por el maestro rural, llevando promesas revolucionarias y propaganda a los rincones más recónditos del país.<sup>178</sup> Ya para entonces estaba listo para entrar en el juego a toda máquina el más poderoso aparato de producción de legitimidad: la reforma agraria. La reforma agraria, en un nivel, era una política *económica*: llevarle beneficios materiales al campesino, socavando de paso a los latifundios tradicionales, y en otro nivel, era clientelismo a gran escala, capaz de crear una masa de ejidatarios dependientes, parcialmente satisfechos. Pero aparte de estas dimensiones marxista y namierista, también llevaba un fuerte impacto ideológico. La reforma agraria y la educación rural, en la época “socialista” de los años treinta, iban de la mano; el personal era intercambiable, pues como maestros estimulaban y procesaban las demandas campesinas; lo mismo en las respectivas ideologías, ya que a través de la educación se difundían el agrarismo y su pariente cercano, el indigenismo, ambos con sus santos y mártires, mitos y murales, catecismos y ritos. La escuela rural se convirtió en el “principal vehículo para difundir la política oficial a las masas, y en el centro de fermento ideológico y de activismo social”.<sup>179</sup> Todo esto ocurrió fuera de los planos que dibujaban los ambiciosos ingenieros sociales: ocurrió en pueblos de verdad como Valerio Trujano, adonde, según Beale, “la escuela se había convertido en el centro material, social, y espiritual del valeroso pueblo”.<sup>180</sup>

El intelectual necesariamente desempeñaba un papel principal en las tareas de activismo ideológico y de legitimación, a la par con el político, el planeador, y el cacique. Aunque la violencia política siguió siendo endémica en los años veinte y bien entrados los treinta, y aunque el maestro rural a veces era la víctima principal, fue cambiando poco a poco la forma del conflicto político, a medida que el maestro reemplazaba al cabecilla, y el burócrata reemplazaba al caudillo. Este proceso es muy evi-

<sup>176</sup> Charles C. Cumberland, *Mexican Revolution. The Constitutional Years*, Austin, 1972, pp. 225-26, 343-45; David L. Raby, *Educación y revolución social en México*, México, 1974, pp. 11-18.

<sup>177</sup> Stuart Chase, *Mexico. A Study of Two Americas*, Nueva York, 1931, p. 300; Raby, *Educación*, cit., p. 202.

<sup>178</sup> Luis González, *Historia de la Revolución Mexicana, período 1934-1940, los artifices del cardenismo*, México, 1979, pp. 236-43.

<sup>179</sup> Raby, *Educación*, cit., pp. 42-44, 110-125; Fowler, *Agrarian Radicalism*, cit., pp. 56, 160-61; Carleton Beals, *Mexican Maze*, Nueva York, 1931, p. 197.

<sup>180</sup> Beals, *Mexican Maze*, cit., p. 147.

dente en la cima de la jerarquía política, donde se notaba el aumento de intelectuales nacionales: los ministros, los planeadores, los economistas y los propagandistas, así como su ejército de colaboradores, “los pintores, los músicos, los médicos, los arqueólogos, los científicos [...] en la nómina del gobierno”, cuya presencia notó un observador estadounidense a principios de los años treinta.<sup>181</sup>

Pero los intelectuales de pueblo que formaban la banda de transmisión entre el Estado y el campesinado también desempeñaban un papel importante, aunque menos brillante.<sup>182</sup> La intelectualidad nacional y los tecnócratas dependían de sus humildes contrapartes si querían evitar la suerte de sus antecesores los científicos: un aislamiento remoto y políticamente precario.<sup>183</sup> En otras palabras, necesitaban enganchar bien el ancla en la población rural, y la población rural, especialmente las comunidades campesinas rebeldes de 1910-1920, ya habían llegado a un acuerdo con el nuevo monstruo y ahora necesitaban, como nunca antes, a sus secretarios y redactores de discursos, a sus propagandistas y a sus paladines.<sup>184</sup> En cuanto a la plana de enmedio, los maestros y tinterillos, éstos también tuvieron que cambiar con el tiempo. Ya no trabajaban a las órdenes del irascible indiferente cabecilla rebelde y en ese sentido eran más independientes, y más poderosos; pero ahora tenían que familiarizarse con el modo del nuevo monstruo, tenían que sacar el nuevo pasaporte, aprenderse el nuevo ábrete-sésamo para poder penetrar en la guarida del monstruo.<sup>185</sup> Los antiguos aforismos liberales le cedieron el paso a los lemas radicales agraristas. Se adoptaron nuevos términos y símbolos. Marx sustituyó a Morelos; se usaban camisas rojas en vez de blusas de manta; la hoz o el machete usurpaban a la Virgen de Guadalupe.<sup>186</sup> Ahora las peticiones se dirigían a las nuevas fuentes de poder —comisiones agrarias, autoridades ejidales, comités del partido— y a los gobernadores de los estados y a los presidentes. Además, los campesinos tuvieron que formar nuevas organizaciones, propias para la emergente economía política corporativista: ligas, partidos, sindicatos y otros.<sup>187</sup>

A medida que fueron aumentando estas demandas ideológicas e institucionales, se fue creando una nueva clase de dirigentes agrarios (o, cosa más difícil, los viejos dirigentes cambiaban con los tiempos). Úrsulo Gal-

<sup>181</sup> Chase, *México, cit.*, p. 321.

<sup>182</sup> Gonzalo Aguirre Beltrán, introducción a Rafael Ramírez, *La escuela rural mexicana*, México, 1976, pp. 10-11.

<sup>183</sup> Como se lo demostró Obregón a Vasconcelos, con su ingenio acostumbrado; *ibid.*, pp. 41-42.

<sup>184</sup> Un buen ejemplo es Ronfeldt, *Atencingo, cit.*

<sup>185</sup> Como señala Raby, *Educación, cit.*, p. 54, la ideología podía cambiar, pero el maestro seguía siendo el mismo.

<sup>186</sup> Fowler, *Agrarian Radicalism, cit.*, pp. 54-55; Beals, *Mexican Maze, cit.*, p. 128; Ronfeldt, *Atencingo, cit.*, p. 15.

<sup>187</sup> Córdova, Arnaldo, *La política de masas y el cardenismo*, México, 1976, pp. 112-17.

ván fue de visita a Rusia y Felipe Carrillo Puerto se carteaba con Lenin.<sup>188</sup> Los modelos ideológicos tenían menos del liberalismo patriótico del pasado, y más del socialismo internacionalista actual y futuro. En términos generales, la dirigencia postrevolucionaria de segunda y tercera generación tenía más educación y más agudeza política: en mayor número procedían de ciudades y universidades —ya no sólo en Veracruz— “la dirigencia de orientación rural, de procedencia rural, fue sustituida gradualmente por una dirigencia de orientación más urbana, de procedencia urbana, y con capacitación técnica”.<sup>189</sup> Por lo tanto, con el tiempo los intelectuales orgánicos, productos del pueblo campesino, le cedieron el paso a agentes de origen urbano y de capacitación especializada. Esto se aplica especialmente a los maestros rurales: los primeros reclutas de los años 20 —pueblerinos que sabían leer y escribir y que sobre esa base eran contratados como maestros rurales— fueron sustituidos por agentes educadores capacitados, voceros de la ideología socialista revolucionaria, tendencia que se aceleró después de las “purgas” de los años 30.<sup>190</sup>

En este proceso, hubo quienes se vendieron. Se hicieron de bienes y predicaron un falso agrarismo.<sup>191</sup> Pero hubo otros que cumplieron con servicios vitales, valientes, articulando los agravios y defendiendo los intereses de los campesinos dentro del nuevo sistema, demostrando que eran, como Francisco Franco en Morelos, “dignos herederos del legado de Zapata”: hombres y mujeres como Galván, Tapia, doña Lola, López Huitrón, y otros.<sup>192</sup> Es fácil y grosero señalar que al mismo tiempo estos intelectuales rurales se desempeñaron como agentes del Estado para apuntalarlo, incrementar su legitimización, y reducir al campesinado a su control; pero sin un revolucionismo abierto, quijotesco y peligroso (más fácilmente dicho que hecho), no les quedaba más remedio que trabajar *con* o al menos *para* el Estado revolucionario. “El mundo es como es”, como le dijo un maestro veterano a David Raby, “pero hay que seguir tratando de cambiarlo”.<sup>193</sup>

*Traducción de María Urquidí*

<sup>188</sup> Fowler, *Agrarian Radicalism*, pp. 44; Joseph, “Caciquismo and the Revolution”, p. 207.

<sup>189</sup> Fowler, *Agrarian Radicalism, cit.*, pp. 143-51.

<sup>190</sup> Raby, *Educación, cit.*, pp. 14, 19. 55-56.

<sup>191</sup> Womack, *Zapata, cit.*, pp. 379-81; Schryer, *The Rancheros of Pisaflores*, pp. 79, 107-12; Raymond Buve, “State Governors and Peasant Mobilisation in Tlaxcala”, en Brading, *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution, cit.*, p. 243.

<sup>192</sup> Womack, *Zapata, cit.*, pp. 371-82; para referencias de Huitrón, véase a Fowler, *Agrarian Radicalism, cit.*, pp. 160-61.

<sup>193</sup> Raby, *Educación, cit.*, p. 148.